

Camino del Cid

en btt



Miguel Soler Gracia
2009

El Camino del Cid no es una ruta menor. Quizás menos conocida que otras de más renombre, puede que quede relegada como última opción en los que buscamos algo de aventura.

Gran error.

Este itinerario, tal como lo hemos realizado o con sus múltiples variantes, puede y debe ser una alternativa a otros más masificados donde solamente prima el turismo.

Caminos solitarios y pueblos perdidos cargados de historia junto a paisajes realmente espectaculares, nos permiten disfrutar de la bicicleta en el más amplio sentido de la palabra.

Quiero dedicar este diario a mis compañeros de aventura, Michel, Pedro, Luis, Tere, Paz, Chavi, José Luis, César, Marcos y Jesús por los buenos e inolvidables momentos que me han hecho disfrutar y por las lágrimas... de risa, eso sí, que me han obligado a derramar. Es difícil encontrar compañía mejor.

Sois unos auténticos Caballeros del Cid.

Gracias.

El origen de una leyenda

Los héroes de las epopeyas y gestas antiguas y modernas son en muchos casos fruto de la imaginación individual o colectiva. Algunos de ellos, no obstante, se basan de manera más o menos lejana en personas de carne y hueso, cuya fama las convirtió en figuras legendarias, hasta el punto de que resulta muy difícil saber qué hay de histórico en el relato de sus hazañas. En este, como en tantos otros terrenos, el caso del Cid es excepcional.

Aunque su biografía corrió durante siglos entreverada de leyenda, hoy conocemos su vida real con bastante exactitud e incluso poseemos, lo que no deja de ser asombroso, un autógrafo suyo, la firma que estampó al dedicar a la Virgen María la catedral de Valencia «el año de la Encarnación del Señor de 1098». En dicho documento, el Cid, que nunca utilizó oficialmente esa designación, se presenta a sí mismo como «el príncipe Rodrigo el Campeador». Veamos cuál fue su historia.

Infancia y juventud de Rodrigo: sus servicios a Sancho II

Rodrigo Díaz nació, según afirma una tradición constante, aunque sin corroboración documental, en Vivar, hoy Vivar del Cid, un lugar perteneciente al ayuntamiento de Quintanilla de Vivar y situado en el valle del río Ubierna, a diez kilómetros al norte de Burgos. La fecha de su nacimiento es desconocida, algo frecuente cuando se trata de personajes medievales, y se han propuesto dataciones que van de 1041 a 1057, aunque parece lo más acertado situarlo entre 1045 y 1049. Su padre, Diego Laínez (o Flaínez), era, según todos los indicios, uno de los hijos del magnate Flaín Muñoz, conde de León en torno al año 1000.

Como era habitual en los segundones, Diego se alejó del núcleo familiar para buscar fortuna. En su caso, la halló en el citado valle del Ubierna, en el que se destacó durante la guerra con Navarra librada en 1054, reinando Fernando I de Castilla y

León. Fue entonces cuando adquirió las posesiones de Vivar en las que seguramente nació Rodrigo, además de arrebatárles a los navarros los castillos de Ubierna, Urbel y La Piedra. Pese a ello, nunca perteneció a la corte, posiblemente porque su familia había caído en desgracia a principios del siglo XI, al sublevarse contra Fernando I. En cambio, Rodrigo fue pronto acogido en ella, pues se crió como miembro del séquito del infante don Sancho, el primogénito del rey. Fue éste quien lo nombró caballero y con el que acudió al que posiblemente sería su primer combate, la batalla de Graus (cerca de Huesca), en 1063. En aquella ocasión, las tropas castellanas habían acudido en ayuda del rey moro de Zaragoza, protegido del rey castellano, contra el avance del rey de Aragón, Ramiro I, quien murió precisamente en esa batalla.

Al fallecer Fernando I, en 1065, había seguido la vieja costumbre de repartir sus reinos entre sus hijos, dejando al mayor, Sancho, Castilla; a Alfonso, León y a García, Galicia. Igualmente, legó a cada uno de ellos el protectorado sobre determinados reinos andalusíes, de los que recibirían el tributo de protección llamado parias. El equilibrio de fuerzas era inestable y pronto comenzaron las fricciones, que acabaron conduciendo a la guerra. En 1068 Sancho II y Alfonso VI se enfrentaron en la batalla de Llantada, a orillas del Pisuerga, vencida por el primero, pero que no resultó decisiva.

En 1071, Alfonso logró controlar Galicia, que quedó nominalmente repartida entre él y Sancho, pero esto no logró acabar con los enfrentamientos y en 1072 se libró la batalla de Golpejera o Vulpejera, cerca de Carrión, en la que Sancho venció y capturó a Alfonso y se adueñó de su reino. El joven Rodrigo (que a la sazón andaría por los veintitrés años) se destacó en estas luchas y, según una vieja tradición, documentada ya a fines del siglo XII, fue el alférez o abanderado de don Sancho en dichas lides, aunque en los documentos de la época nunca consta con ese cargo. En cambio, es bastante probable que ganase entonces el sobrenombre de Campeador, es decir, «el Batallador», que le acompañaría toda su vida, hasta el punto de ser habitualmente conocido, tanto entre cristianos

como entre musulmanes, por Rodrigo el Campeador. Después de la derrota de don Alfonso (que logró exiliarse en Toledo), Sancho II había reunificado los territorios regidos por su padre. Sin embargo, no disfrutaría mucho tiempo de la nueva situación. A finales del mismo año de 1072, un grupo de nobles leoneses descontentos, agrupados en torno a la infanta doña Urraca, hermana del rey, se alzaron contra él en Zamora. Don Sancho acudió a sitiarla con su ejército, cerco en el que Rodrigo realizó también notables acciones, pero que al rey le costó la vida, al ser abatido en un audaz golpe de mano por el caballero zamorano Bellido Dolfos.

El Cid al servicio de Alfonso VI. Las causas del destierro

La imprevista muerte de Sancho II hizo pasar el trono a su hermano Alfonso, que regresó rápidamente de Toledo para ocuparlo. Las leyendas del siglo XIII han transmitido la célebre imagen de un severo Rodrigo que, tomando la voz de los desconfiados vasallos de don Sancho, obliga a jurar a don Alfonso en la iglesia de Santa Gadea (o Águeda) de Burgos que nada tuvo que ver en la muerte de su hermano, osadía que le habría ganado la duradera enemistad del nuevo monarca. Por el contrario, nadie le exigió semejante juramento y además el Campeador, que figuró regularmente en la corte, gozaba de la confianza de Alfonso VI, quien lo nombró juez en sendos pleitos asturianos en 1075. Es más, por esas mismas fechas (en 1074, seguramente), el rey lo casó con una pariente suya, su prima tercera doña Jimena Díaz, una noble dama leonesa que, según las investigaciones más recientes, era además sobrina segunda del propio Rodrigo por parte de padre. Un matrimonio de semejante alcurnia era una de las aspiraciones de todo noble que no fuese de primera fila, lo cual revela que el Campeador estaba cada vez mejor situado en la corte.

Así lo muestra también que don Alfonso lo pusiese al frente de la embajada enviada a Sevilla en 1079 para recaudar las parias que le adeudaba el rey Almutamid, mientras que García Ordóñez (uno de los garantes de las capitulaciones

matrimoniales de Rodrigo y Jimena) acudía a Granada con una misión similar. Mientras Rodrigo desempeñaba su delegación, el rey Abdalá de Granada, secundado por los embajadores castellanos, atacó al rey de Sevilla. Como éste se hallaba bajo la protección de Alfonso VI, precisamente por el pago de las parias que había ido a recaudar el Campeador, éste tuvo que salir en defensa de Almutamid y derrotó a los invasores junto a la localidad de Cabra (en la actual provincia de Córdoba), capturando a García Ordóñez y a otros magnates castellanos. La versión tradicional es que en los altos círculos cortesanos sentó muy mal que Rodrigo venciera a uno de los suyos, por lo que empezaron a murmurar de él ante el rey. Sin embargo, no hay seguridad de que esto provocase hostilidad contra el Campeador, entre otras cosas porque a Alfonso VI le interesaba, por razones políticas, apoyar al rey de Sevilla frente al de Badajoz, de modo que la participación de sus nobles en el ataque granadino no debió de gustarle gran cosa.

De todos modos, fueron similares causas políticas las que hicieron caer en desgracia a Rodrigo. En esos delicados momentos, Alfonso VI mantenía en el trono de Toledo al rey títere Alqadir, pese a la oposición de buena parte de sus súbditos. En 1080, mientras el monarca castellano dirigía una campaña destinada a restaurar el gobierno de su protegido, una incontrolada partida andalusí procedente del norte toledano se adentró por tierras sorianas. Rodrigo hizo frente a los saqueadores y los persiguió con su mesnada hasta más allá de la frontera, lo que, en principio, era sólo una operación rutinaria. Sin embargo, en tales circunstancias, el ataque castellano iba a servir de excusa para la facción contraria a Alqadir y a Alfonso VI. Además, los restantes reyes de taifas se preguntarían de qué servía pagar las parias, si eso no les garantizaba la protección. Al margen, pues, de que interviniesen en el asunto García Ordóñez (que era conde de Nájera) u otros cortesanos opuestos a Rodrigo, el rey debía tomar una decisión ejemplar al respecto, conforme a los usos de la época. Así que desterró al Campeador.

El primer destierro del Cid. Sus servicios a la taifa de Zaragoza

Rodrigo Díaz partió al exilio seguramente a principios de 1081. Como otros muchos caballeros que habían perdido antes que él la confianza de su rey, acudió a buscar un nuevo señor a cuyo servicio ponerse, junto con su mesnada. Al parecer, se dirigió primeramente a Barcelona, donde a la sazón gobernaban dos condes hermanos, Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, pero no consideraron oportuno acogerlo en su corte. Ante esta negativa, quizá el Campeador hubiera podido buscar el amparo de Sancho Ramírez de Aragón. No sabemos por qué no lo hizo, pero no hay que olvidar que Rodrigo había participado en la batalla donde había sido muerto el padre del monarca aragonés. Sea como fuere, el caso es que el exiliado castellano optó por encaminarse a la taifa de Zaragoza y ponerse a las órdenes de su rey. No ha de extrañar que un caballero cristiano actuase de este modo, pues las cortes musulmanas se convirtieron a menudo, por una u otra causa, en refugio de los nobles del norte. Ya hemos visto cómo el mismísimo don Alfonso había hallado protección en el alcázar de Toledo.

Cuando Rodrigo llegó a Zaragoza, aún reinaba, ya achacoso, Almuqtadir, el mismo que la regía en tiempos de la batalla de Graus, uno de los más brillantes monarcas de los reinos de taifas, celebrado guerrero y poeta, que mandó construir el palacio de la Aljafería. Pero el viejo rey murió muy poco después, quedando su reino repartido entre sus dos hijos: Almutamán, rey de Zaragoza, y Almundir, rey de Lérida. El Campeador siguió al servicio del primero, a quien ayudó a defender sus fronteras contra los avances aragoneses por el norte y contra la presión leridana por el este. Las principales campañas de Rodrigo en este periodo fueron la de Almenar en 1082 y la de Morella en 1084. La primera tuvo lugar al poco de acceder Almutamán al trono, pues Almundir, que no quería someterse en modo alguno a su hermano mayor, había pactado con el rey de Aragón y el conde de Barcelona para que lo apoyasen.

Temiendo un inminente ataque, el rey de Zaragoza envió a Rodrigo a supervisar la frontera nororiental de su reino, la más cercana a Lérida. Así que a fines del verano o comienzos del otoño de 1082, el Campeador inspeccionó Monzón, Tamarite y Almenar, ya muy cerca de Lérida. Mientras les tomaba a los leridanos el castillo de Escarp, en la confluencia del Cinca y del Segre, Almundir y el conde de Berenguer de Barcelona pusieron sitio al castillo de Almenar, lo que obligó al Campeador a regresar a toda prisa. Tras negociar infructuosamente con los sitiadores para que levantasen el asedio, Rodrigo los atacó y, pese a su inferioridad numérica, los derrotó por completo y capturó al propio conde de Barcelona. La campaña de Morella en 1084 sucedió de forma muy similar. El Campeador, después de saquear las tierras del sudeste de la taifa de Lérida y atacar incluso la imponente plaza fuerte de Morella, fortificó el castillo de Olocau del Rey, al noroeste de aquella. La posibilidad de tener tan cerca y tan bien guarnecidos a los zaragozanos, hizo que Almundir, esta vez en compañía de Sancho Ramírez de Aragón, se lanzase contra ellos. El encuentro debió de producirse en las cercanías de Olocau (seguramente el 14 de agosto de 1084) y en él, tras duros combates, la victoria fue de nuevo para Rodrigo, que capturó a los principales magnates aragoneses.

La reconciliación con Alfonso VI. Las campañas levantinas

Almutamán murió en 1085, probablemente en otoño, y le sucedió su hijo Almustáin, a cuyo servicio siguió el Campeador, pero por poco tiempo. En 1086, Alfonso VI, que por fin había conquistado Toledo el año anterior, puso sitio a Zaragoza con la firme decisión de tomarla. Sin embargo, el 30 de julio el emperador de Marruecos desembarcó con sus tropas, los almorávides, dispuesto a ayudar a los reyes andalusíes frente a los avances cristianos. El rey de Castilla tuvo que levantar el cerco y dirigirse hacia Toledo para preparar la contraofensiva, que se saldaría con la gran derrota castellana de Sagradas el 23 de octubre de dicho año. Fue por entonces cuando Rodrigo

recuperó el favor del rey y regresó a su patria. No se sabe si se reconcilió con él durante el asedio de Zaragoza o poco después, aunque no consta que se hallase en la batalla de Sagrajas. Al parecer, le encomendó varias fortalezas en las actuales provincias de Burgos y Palencia. En todo caso, don Alfonso no empleó al Campeador en la frontera sur, sino que, aprovechando su experiencia, lo destacó sobre todo en la zona oriental de la Península. Después de permanecer con la corte hasta el verano de 1087, Rodrigo partió hacia Valencia para auxiliar a Alqadir, el depuesto rey de Toledo al que Alfonso VI había compensado de su pérdida situándolo al frente de la taifa valenciana, donde se encontraba en la misma débil situación que había padecido en el trono toledano.

El Campeador pasó primero por Zaragoza, donde se reunió con su antiguo patrono Almustáin y juntos se encaminaron hacia Valencia, hostigada por el viejo enemigo de ambos, Almundir de Lérida. Después de ahuyentar al rey leridano y de asegurar a Alqadir la protección de Alfonso VI, Rodrigo se mantuvo a la expectativa, mientras Almundir ocupaba la plaza fuerte de Murviedro (es decir, Sagunto), amenazando de nuevo a Valencia. La tensión aumentaba y el Campeador volvió a Castilla, donde se hallaba en la primavera de 1088, seguramente para explicarle la situación a don Alfonso y planificar las acciones futuras. Éstas pasaban por una intervención en Valencia a gran escala, para lo cual Rodrigo partió al frente de un nutrido ejército en dirección a Murviedro.

Mientras tanto, las circunstancias en la zona se habían complicado. Almustáin, al que el Campeador se había negado a entregarle Valencia el año anterior, se había aliado con el conde de Barcelona, lo que obligó a Rodrigo a su vez a buscar la alianza de Almundir. Los viejos amigos se separaban y los antiguos enemigos se aliaban. Así las cosas, cuando el caudillo burgalés llegó a Murviedro, se encontró con que Valencia estaba cercada por Berenguer Ramón II. El enfrentamiento parecía inminente, pero en esta ocasión la diplomacia resultó más eficaz que las armas y, tras las pertinentes negociaciones, el conde de Barcelona se retiró sin llegar a entablar combate. A

continuación, Rodrigo se puso a actuar de una forma extraña para un enviado real, pues empezó a cobrar para sí mismo en Valencia y en los restantes territorios levantinos los tributos que antes se pagaban a los condes catalanes o al monarca castellano. Tal actitud sugiere que durante su estancia en la corte, Alfonso VI y él habían pactado una situación de virtual independencia del Campeador, a cambio de defender los intereses estratégicos de Castilla en el flanco oriental de la Península. Esta situación de hecho pasaría a serlo de derecho a finales de 1088, después del oscuro incidente del castillo de Aledo.

El segundo destierro. El Cid, señor de la guerra

Sucedió que Alfonso VI había conseguido adueñarse de dicha fortaleza (en la actual provincia de Murcia), amenazando desde la misma a las taifas de Murcia, Granada y Sevilla, sobre las que lanzaban continuas algaras las tropas castellanas allí acuarteladas. Esta situación más la actividad del Campeador en Levante movieron a los reyes de taifas a pedir de nuevo ayuda al emperador de Marruecos, Yusuf ben Tashufin, que acudió con sus fuerzas a comienzos del verano de 1088 y puso cerco a Aledo. En cuanto don Alfonso se enteró de la situación, partió en auxilio de la fortaleza asediada y envió instrucciones a Rodrigo para que se reuniese con él. El Campeador avanzó entonces hacia el sur, aproximándose a la zona de Aledo, pero a la hora de la verdad no se unió a las tropas procedentes de Castilla. ¿Un mero error de coordinación en una época en que las comunicaciones eran difíciles o una desobediencia intencionada del caballero burgalés, cuyos planes no coincidían con los de su rey? Nunca lo sabremos, pero el resultado fue que Alfonso VI consideró inadmisibles la actuación de su vasallo y lo condenó de nuevo al destierro, llegando a expropiarle sus bienes, algo que sólo se hacía normalmente en los casos de traición. A partir de este momento, el Campeador se convirtió en un caudillo independiente y se dispuso a seguir actuando en Levante guiado tan sólo por sus propios intereses.

Comenzó actuando en la región de Denia, que entonces pertenecía a la taifa de Lérida, lo que provocó el temor de Almundir, quien envió una embajada para pactar la paz con el Campeador. Firmada ésta, Rodrigo regresó a mediados de 1089 a Valencia, donde de nuevo recibió los tributos de la capital y de las principales plazas fuertes de la región. Después avanzó hacia el norte, llegando en la primavera de 1092 hasta Morella (en la actual provincia de Castellón), por lo que Almundir, a quien pertenecía también dicha comarca, temió la ruptura del tratado establecido y se alió de nuevo contra Rodrigo con el conde de Barcelona, cuyas tropas avanzaron hacia el sur en busca del guerrero burgalés. El encuentro tuvo lugar en Tévar, al norte de Morella (quizá el actual puerto de Torre Miró) y allí Rodrigo derrotó por segunda vez a las tropas coligadas de Lérida y Barcelona, y volvió a capturar a Berenguer Ramón II. Esta victoria afianzó definitivamente la posición dominante del Campeador en la zona levantina, pues antes de acabar el año, seguramente en otoño de 1090, el conde barcelonés y el caudillo castellano establecieron un pacto por el que el primero renunciaba a intervenir en dicha zona, dejando a Rodrigo las manos libres para actuar en lo sucesivo.

En principio, el Campeador limitó sus planes a seguir cobrando los tributos valencianos y a controlar algunas fortalezas estratégicas que le permitiesen dominar el territorio, es decir, a mantener el tipo de protectorado que ejercía desde 1087. Con ese propósito, Rodrigo reedificó en 1092 el castillo de Peña Cadiella (hoy en día, La Carbonera, en la sierra de Benicadell), donde situó su base de operaciones. Mientras tanto, Alfonso VI pretendía recuperar la iniciativa en Levante, para lo cual estableció una alianza con el rey de Aragón, el conde de Barcelona y las ciudades de Pisa y Génova, cuyas respectivas tropas y flotas participaron en la expedición, avanzando sobre Tortosa (entonces tributaria de Rodrigo) y la propia Valencia en el verano de 1092. El ambicioso plan fracasó, no obstante, y Alfonso VI hubo de regresar a Castilla al poco de llegar a Valencia, sin haber obtenido nada de la campaña, mientras Rodrigo, que a la sazón se hallaba en Zaragoza negociando una alianza con el rey de dicha taifa, lanzó en represalia una dura

incursión contra La Rioja. A partir de ese momento, sólo los almorávides se opusieron al dominio del Campeador sobre las tierras levantinas y fue entonces cuando el caudillo castellano pasó definitivamente de una política de protectorado a otra de conquista. En efecto, a esas alturas la tercera y definitiva venida de los almorávides a Al-Ándalus, en junio de 1090, había cambiado radicalmente la situación y resultaba claro que la única forma de retener el control sobre el Levante frente al poder norteafricano pasaba por la ocupación directa de las principales plazas de la zona.

La conquista de Valencia

Mientras Rodrigo prolongaba su estancia en Zaragoza hasta el otoño de 1092, en Valencia una sublevación encabezada por el cadí o juez Ben Yahhaf había destronado a Alqadir, que fue asesinado, favoreciendo el avance almorávide. El Campeador, no obstante, volvió al Levante y, como primera medida, puso cerco al castillo de Cebolla (hoy el El Puig, cerca de Valencia) en noviembre de 1092. Tras la rendición de esta fortaleza a mediados de 1093, el guerrero burgalés tenía ya una cabeza de puente sobre la capital levantina, que fue cercada por fin en julio del mismo año. Este primer asedio duró hasta el mes de agosto, en que se levantó a cambio de que se retirase el destacamento norteafricano que había llegado a Valencia tras producirse la rebelión que costó la vida a Alqadir. Sin embargo, a finales de año el cerco se había restablecido y ya no se levantaría hasta la caída de la ciudad. Entonces, los almorávides, a petición de los valencianos, enviaron un ejército mandado por el príncipe Abu Bakr ben Ibrahim Allatmuní, el cual se detuvo en Almusafes (a unos veinte kilómetros al sur de Valencia) y se retiró sin entablar combate. Sin esperar ya apoyo externo, la situación se hizo insostenible y por fin Valencia capituló ante Rodrigo el 15 de junio de 1094. Desde entonces, el caudillo castellano adoptó el título de «Príncipe Rodrigo el Campeador» y seguramente recibiría también el tratamiento

árabe de sídi «mi señor», origen del sobrenombre de mío Cid o el Cid, con el que acabaría por ser generalmente conocido.

La conquista de Valencia fue un triunfo resonante, pero la situación distaba de ser segura. Por un lado, estaba la presión almorávide, que no desapareció mientras la ciudad estuvo en poder de los cristianos. Por otro, el control del territorio exigía poseer nuevas plazas. La reacción norteafricanos no se hizo esperar y ya en octubre de 1094 avanzó contra la ciudad un ejército mandado por el general Abu Abdalá, que fue derrotado por el Cid en Cuart (hoy Quart de Poblet, a escasos seis kilómetros al oesnoroeste de Valencia). Esta victoria concedió un respiro al Campeador, que pudo consagrarse a nuevas conquistas en los años siguientes, de modo que en 1095 cayeron la plaza de Olocau y el castillo de Serra.

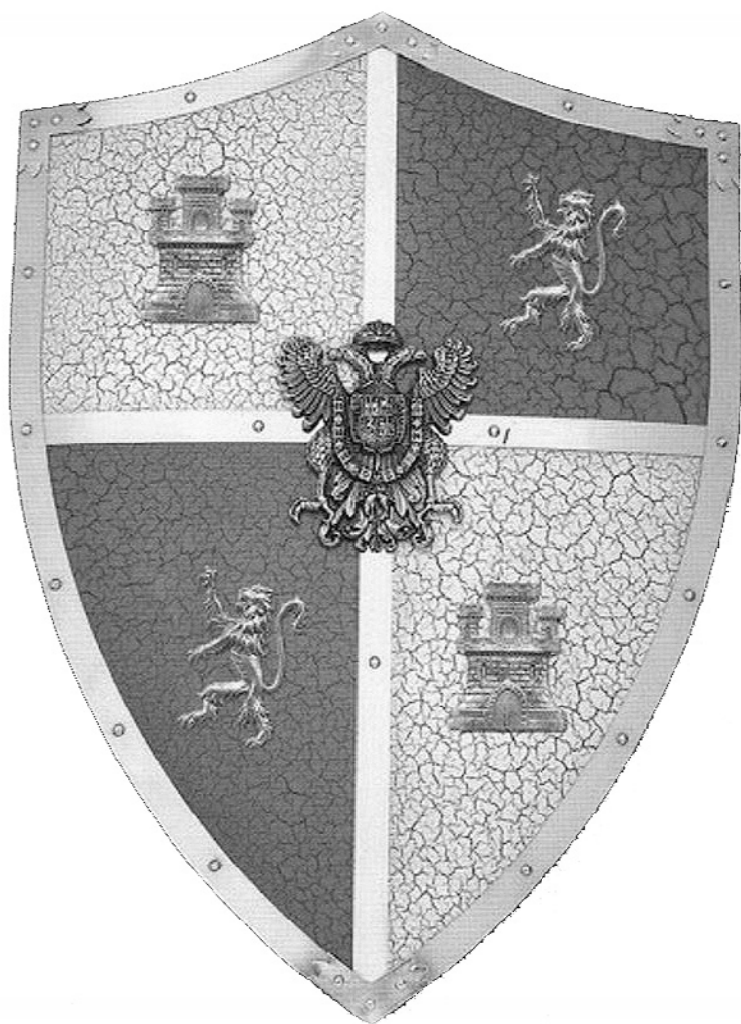
A principios de 1097 se produjo la última expedición almorávide en vida de Rodrigo, comandada por Muhammad ben Tashufin, la cual se saldó con la batalla de Bairén (a unos cinco kilómetros al norte de Gandía), ganada una vez más por el caudillo castellano, esta vez con ayuda de la hueste aragonesa del rey Pedro I, con el que Rodrigo se había aliado en 1094. Esta victoria le permitió proseguir con sus conquistas, de forma que a finales de 1097 el Campeador ganó Almenara y el 24 de junio de 1098 logró ocupar la poderosa plaza de Murviedro, que reforzaba notablemente su dominio del Levante. Sería su última conquista, pues apenas un año después, posiblemente en mayo de 1099, el Cid moría en Valencia de muerte natural, cuando aún no contaba con cincuenta y cinco años (edad normal en una época de baja esperanza de vida). Aunque la situación de los ocupantes cristianos era muy complicada, aún consiguieron resistir dos años más, bajo el gobierno de doña Jimena, hasta que el avance almorávide se hizo imparable. A principios de mayo de 1102, con la ayuda de Alfonso VI, abandonaron Valencia la familia y la gente del Campeador, llevando consigo sus restos, que serían inhumados en el monasterio burgalés de San Pedro de Cardena. Acababa así la vida de uno de los más notables personajes de su tiempo, pero ya entonces había comenzado la leyenda.



Monasterio de Cardena - Detalle de la portada con la imagen del Cid



Estatua del Cid en Burgos



Escudo del Cid

Preparación de la ruta

El año pasado terminamos la Transpirenaica. Tras la lógica alegría por haber conseguido realizar uno de los retos más importantes que un ciclista de montaña puede soñar en este país, me invade un sentimiento de nostalgia y de vacío ¿Y ahora qué? ¿Qué otro objetivo me puede ilusionar? La sensación, a priori, es que nada lo podrá igualar.

Acaba el verano y la mente se defiende del invierno soñando con la siguiente aventura. El camino de Santiago ya lo he realizado varias veces, la Vía de la Plata hasta Fisterra también. Quedan otros retos, sí, pero de momento difícilmente asumibles por su duración o longitud como la Trans-Andalus o el descenso del Ebro –GR 99-. Debe ser un proyecto de duración media para que se adecúe a la disponibilidad de tiempo de todos los compañeros. Así surge la idea de realizar la Ruta del Cid o del Destierro del Cid. Sé que a muchos de mis compañeros, en principio, les parece una ruta menor y no tan apetecible, pero con el tiempo van cambiando de idea.

Busco información en internet y es bastante escasa, no existe una abrumadora cantidad de sitios y datos como en las aventuras ya realizadas. La primera web que consulto es www.caminodelcid.org y encuentro bastante información, pero hacen la ruta excesivamente larga con un montón de recorridos circulares, con muchas variantes y lo que yo necesito es un recorrido lineal que no sea de una longitud inasumible. Además, diversas opiniones recogidas en la red, indican que el trayecto está en pañales, inacabado y con abundantes carencias. Partimos de la base que el Cid no siguió un recorrido único, que en su peregrinar luchó como mercenario aliándose con un montón de caudillos árabes o cristianos según conveniencia.

Tras un tiempo encuentro una serie de páginas que me abren los ojos y sobre las cuales trazaré el recorrido. Se tratan de <http://es.wikiloc.com/wikiloc/view.do?id=212816> de Jordi C, <http://www.cicloide.com/> y <http://www.agachaelomo.com/>, así como la página de los canarios –famosos por sus largos recorridos y buena preparación de este tipo de rutas- que encuentro en una página ya clásica para los ciclistas <http://www.amigosdelciclismo.com/rutas/portierrasdelcid/home.htm>. Al final son la primera y cuarta las que más información me han aportado ayudándome a certificar que las variantes en las que iba trabajando eran correctas.

Sobre la base de sus tracks y recomendaciones, comienzo el marcaje del recorrido con programas como el CompeGPS y el Oziexplorer intentando eliminar, en la medida de lo posible, los tramos que transitan por asfalto. Es difícil, pero lo intento a pesar de arriesgarme en alguna “embarcada” por la que mis compañeros de pedal me odian un poco más. Son meses de repetir una y otra vez el recorrido, casi metro a metro, conseguir los mapas de la zona por la que pasamos -han sido muy útiles los de [IOGREA](#), paladín del GPS en España- y documentar los pueblos y lugares de paso, así como intentar cuadrar los recorridos para que sean asumibles y tengamos algún lugar donde pernoctar con cierta comodidad. En bastantes puntos del recorrido encuentro varias opciones para la ruta. Las marco con waypoints alternativos y ya tomaremos una u otra según las circunstancias. También utilizo Google Earth ya que puede ser una maravillosa herramienta para recorrer a vuelo de pájaro virtual todo el recorrido y hacernos una idea aproximada de los desniveles y trazado general de cada etapa.

Poco a poco el sentimiento de ruta “fácil” se va desvaneciendo algo y la necesaria longitud de las etapas –casi todas rondan los 100 km- me hacen desconfiar un poco, sobre todo, porque un grupo grande, aunque la preparación sea buena, siempre se mueve de forma torpe y multiplica el riesgo de averías o aumenta el número de paradas “no previstas”.

Paralelamente y conforme las etapas se consolidan, Michel - compañero de la Peña Cicloturista Huesca y “especialista” en logística- trabaja arduamente para conseguir alojamiento para todos los finales de etapa. Es muy difícil. Somos, en principio, trece personas y en muchos de los alojamientos o no tienen sitio para esos días o no hay espacio suficiente para todos. Estamos en crisis económica, pero casi todo está completo. Finalmente lo resuelve y conseguimos descender un poco, solo un poco, el nivel de estrés. Para evitar problemas de última hora, si es que eso es posible, en mayo damos por cerrada la lista de participantes.

Cuando ya parece que todo está encarrilado, como de costumbre, aparecen los problemas. Antonio Gros, compañero de mis últimas aventuras y encargado de la “ingeniería”, se rompe el húmero en una de las salidas y a dos semanas de la partida, lo que imposibilita su recuperación a tiempo.

Queda el tema del coche de apoyo. Decidimos alquilar una furgoneta en la que quepan once bicicletas y nuestras pertenencias. El precio no es alto y nos puede dar bastante juego. La conducirá César “orejillas” que vuelve al redil del grupo tras su ausencia el último año por motivos laborales.

La comunicación directa con el coche de apoyo se prevé escasa, necesitamos un buen sistema de comunicaciones. Los móviles hacen su papel, pero no es una buena opción para su uso continuo. Entran en juego entonces las emisoras de “dos metros”. Una en el coche y otras dos en el grupo. Una siempre la llevará el que vaya en cabeza y otra la llevará el que cierre el grupo. En principio, salvo en alguna etapa con mayores desniveles, confío en que consigamos pedalear relativamente agrupados.

Para ultimar detalles, conocer a los nuevos compañeros y repartir la documentación del viaje que ha realizado Michel, organizamos una cena con todo el grupo y otros compañeros de pedal a modo de inicio de aventura.

Bueno, ya está todo arreglado, nos iremos en tren hasta Burgos y regresaremos de Valencia de la misma forma... ¡pues no! A dos días de salir y cuando intentamos reservar los billetes del tren nos dicen que está completo. Que de Zaragoza a Burgos no cabe un alma. Alguien me lo puede explicar. Con Michel, intentamos durante toda una mañana encontrar una forma de llegar a Burgos. Nada, ni trenes ni autobuses. Antes de echar mano de nuestros coches -no nos hace ilusión que se estén aparcados más de una semana en medio de Burgos- quemamos nuestro último cartucho; alquilaremos dos turismos para llegar al punto de partida y tres personas viajarán en la furgoneta de apoyo. Después de recorrer varias agencias de alquiler, solo en una nos permiten dejar los vehículos a término sin que el precio sea escandaloso. Los alquilamos de inmediato.

Cuando escribo estas líneas, a dos días de partir, los integrantes de la aventura somos; Michel, Miguel, Luis, Pedro, Tere, Paz, José Luis, Marcos, Jesús, Chavi, Edu (problemas de última hora impiden participación) y César. En definitiva, diez pedaleando y un conductor de apoyo.

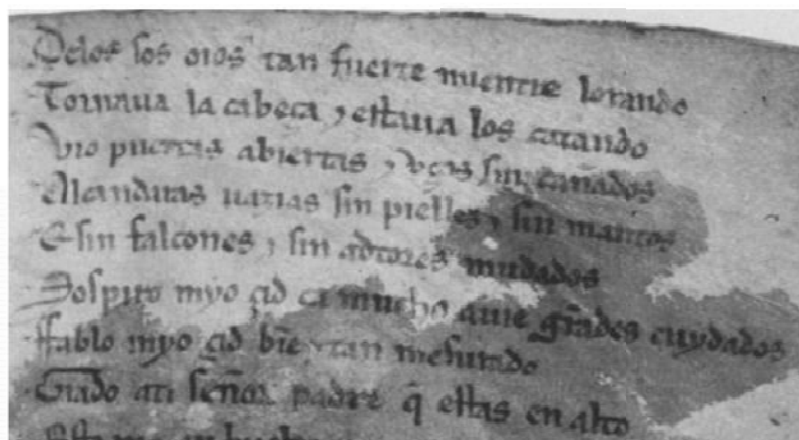
Las etapas, en principio, quedan de la siguiente forma:

1. Burgos – Salas de los Infantes
2. Salas de los Infantes – Burgo de Osma
3. Burgo de Osma – Medinaceli
4. Medinaceli – Molina de Aragón
5. Molina de Aragón – Albarracín
6. Albarracín – Barracas
7. Barracas – Valencia



Mapa del Camino del Cid

Cantar de Mio Cid



Delos los oios tan fuerte mientre lorando
 Toznaua la cabeça, estaua los catando
 Vio puertas abiertas, vgos sin cañados
 Alcandaras uazias sin pieles, sin mantos
 E sin falcones, sin adtozes mudados
 Sospito myo cid ca mucho auie gñades cuydados
 ffablo myo cid bie tan mesurado
 Grado ati señoz padre q estas en alto
 QLTPO TCI LEMOS BTPLG d EMTG EN TPLG
 TPLPO MLO EIG PIG LCTU MGLPLTPO

Cantar del Mío Cid

E LII TPLCONES LII TPLCONES MHTHTPOG
 TPLCONES MHTHTPOG LII TPLCONES LII TPLCONES

Integrantes de la ruta



Jesús



Luis Miguel



Miguel



Chavi



Pedro



Michel



Marcos



Paz



José Luis



Tere



César



Paisaje burgalés

Camino de Burgos

Viernes, 3 de julio de 2009

El día 2 de julio de 2009 tenemos una cita. Después de recoger la furgoneta alquilada, debemos acudir a cargar las bicicletas y los enseres para la ruta. En el camping San Jorge de Huesca nos esforzamos para que todo viaje seguro, apurando hasta el último milímetro de espacio. De hecho no sabemos siquiera que todo vaya a caber, pero a cabezones no nos gana nadie y poco a poco el trabajo queda acabado. Hace un tremendo calor que debemos mitigar con unas buenas jarras de cerveza y refrescos para los abstemios que son pocos. Después una improvisada cena en la que participamos la mayoría, da el arranque de la nueva aventura.

El día 3 de julio a las 9 de la mañana –madrugada para algunos- debemos formalizar el alquiler de los coches en los que nos vamos a desplazar a Burgos. Nos eligen los modelos de coche que más se adaptan a nuestras necesidades. El trámite es largo y debemos firmar largas ristras de papel, tantas que asusta. Casi da miedo tocar el coche.

Nos preparan un Seat León que conduciré yo y un Volkswagen Polo que pilotará Marcos. Nos repartimos en los coches; en el primero me acompañan Luis, Tere y Pedro, en el otro, Marcos, Paz, José Luis y Michel. César, Chavi y Jesús, salen por la tarde con la furgoneta de apoyo, al acabar sus trabajos.

Vamos a intentar seguir el camino más directo a Burgos aunque sea tomando carreteras comarcales. Así, aprovechando el viaje, haremos turismo.

Salgo delante y a pesar de controlarnos con la vista, en el desvío de Gurrúa de Gállego ya debemos llamarnos por teléfono porque nos hemos separado demasiado. El ambiente en nuestro coche es de juerga continua. Con el aire acondicionado a tope debido al intenso calor, llegamos a Tudela. Este tramo desde Huesca,

tantas veces recorrido para realizar nuestras rutas por las Bardenas, se nos hace largo y pesado. Pedro que conoce bien esta ciudad, nos guía por un entramado de carreteritas hasta que salimos en dirección a Logroño. Al cabo de un rato cogemos la autovía que no dejaremos hasta Navarrete. Aquí nos liamos por la nueva construcción de un tramo de autovía, pero al final encontramos la dirección adecuada para acabar circulando por la N-120. En todo momento el coche de Marcos nos sigue de cerca. Durante este tramo voy recordando con nostalgia el Camino de Santiago que corre paralelo a nosotros. En Castildegado detenemos la marcha para comer algo. Nos cuentan los del otro coche que van asados, con las ventanillas abiertas porque José Luis no les deja poner el aire acondicionado.

Estamos próximos a Burgos, pero a partir de Villafranca de Montes de Oca, la lenta carretera que cruza el puerto de la Pedraja nos retrasa el horario previsto. Para colmo, en los últimos kilómetros antes de llegar a Burgos, se ha producido un accidente entre un camión –que arde- y una furgoneta que da lugar a interminables colas con la circulación interrumpida.

La entrada en Burgos es un poco caótica. En realidad pasamos a pocos metros del camping donde nos vamos a alojar, pero el río Arlanzón nos separa de él y para atravesarlo debemos entrar en la capital. Preguntamos a unas mujeres aprovechando la parada en semáforo. Sus indicaciones nos sirven para tomar la buena dirección y casi por casualidad encontramos un cartel que indica Fuentes Blancas.

El camping se encuentra en una pequeña hondonada junto al río Arlanzón. Realizamos la inscripción y nos asignan un albergue que no es otra cosa que un gran mobil-home en el que caben 22 personas. Es nuevo, caluroso y huele tremendamente a barniz. Como este debe permanecer abierto por si llegan más viajeros nos guardan las cosas de valor que transportamos en la recepción.

Nos acercamos al restaurante que es amplio y elegimos comer en la zona interior. Fuera hace demasiado calor, aunque no tan

intenso como el que hemos soportado en Huesca durante los últimos días. El menú es barato y nos atiende un simpático camarero de origen luso que acepta de buen grado nuestras bromas. Nos pregunta si somos maños a lo que contestamos al unísono que no, que somos de Huesca. Nos comenta que conoce nuestra provincia porque trabajó en una estación de ski del pirineo. Unas ensaladas de pasta y, en mi caso, unos pinchos morunos deliciosos, sirven para entablar una animada charla en la que empieza a despuntar Marcos como auténtico animador del grupo. Paz, aún en proceso de “asimilación”, nos mira entre divertida y extrañada. Creo que no es consciente de con quien se ha juntado. De momento y por cuestión de confianza, es Tere la que está en el punto de mira de nuestras gracias a las que ella responde con su risa explosiva ya característica.

Debemos devolver los coches alquilados. Hasta que no lo hagamos no me quedará tranquilo, al fin y al cabo somos Marcos y yo los titulares del alquiler de los coches. Deshacemos el camino hasta Burgos y rellenamos los depósitos de los coches como hemos pactado. Buscamos la oficina donde los vamos a entregar y pronto la encontramos.

En medio de un fuerte calor nos acercamos, siguiendo el cauce del río Vena, hasta el centro de la ciudad. Localizamos la parada de autobús de la plaza de España donde debemos tomar el nº 25 que antes de las 9 nos debe devolver al camping.

Recorremos el casco viejo de la ciudad que se prepara para la fiesta nocturna, atravesando la plaza del Cid, la Catedral, puente de Santa María, etc., para acabar tomando un refrigerio en el paseo del Espolón. Estamos en una fase extraña de la aventura, como desubicados; por un lado ya hemos salido de casa y por otro la aventura aún parece lejana.

Volvemos a la Plaza de España y tomamos el autobús que pronto nos deja en el camping. Aprovechando este descanso, sustraemos cuidadosamente un banco y lo acercamos hasta nuestro albergue. Disfrutamos de un rato de charla relajada sentados bajo la sombra de los árboles mientras Tere comienza

con su batería de sudokus a la vez que atiende a la conversación. En el interior, Pedro, y José Luis, marmotas oficiales del grupo, duermen una placentera siesta.

Llamamos al coche de apoyo y nos comentan que han salido un poco tarde de Huesca, pero que ya se encuentran cerca. Ellos han decidido tomar la autovía por ser el método más directo. A las 20,30 y sin problemas llegan al camping. Descargamos la furgoneta y preparamos nuestras bicis para que la salida de mañana sea más rápida. Elegimos nuestra litera y nos vamos a cenar.

Nos ofrecen los mismos platos que al mediodía. Unas sopas castellanas, ensalada o ensaladilla rusa dan paso a unos segundos platos variados. Luis comienza la dieta de adelgazamiento a base de ensaladas y pescado. El iluso pretende adelgazar en la ruta. Parece mentira, para este avezado aventurero, que aún no haya comprendido que de estos viajes siempre se vuelve a casa con unos kilos de más.

En la sobremesa, animados por el dúo formado por Chavi y su espontaneidad y Marcos y sus aportaciones binacedenses, volvemos a llorar. Las servilletas se convierten en improvisados pañuelos con los que a duras penas podemos contener las lágrimas.



Catedral de Burgos



Llorando de risa

Burgos – Salas de los Infantes

Sábado, 4 de julio de 2009

La primera noche ha sido dura, Es difícil conciliar el sueño el día antes de salir, los nervios a flor de piel, las dudas y la falta de costumbre pasan factura. Por otra parte mis cervicales hacen de las suyas y tengo un poco de vértigo. Sin almohada no encuentro la posición y me apaño con una dura bolsa de aseo, pero al final consigo dormirme. De pronto, como si fuera una mala pesadilla, comienzan unos ruidos conocidos. El ritmo me es familiar, pero no la intensidad. Se trata del concierto en Si Menor de la orquesta Filarmónica de Bilbao, pero este año acompañada a los coros por el Orfeón Jesusino de Huesca con alguna colaboración esporádica de César. Con bruscos movimientos de litera intento que ambos -duermen en la litera inferior- bajen el telón, pero los artistas tienen bis es para rato.

Suena el despertador de Pedro a las 6 de la madrugada. Como tenemos todo preparado desde la noche anterior, a las 6'30 ya estamos presentes y silenciosos en la puerta del camping Fuentes Blancas, listos para salir a la búsqueda del Cid.

Unas fotos de recuerdo y salimos por el carril bici que nos lleva sin problemas hasta el centro de Burgos, que a la sazón, está en fiestas. Quedan por la calle los últimos despistados que afortunadamente no la toman con nosotros. Es más, se suman a nuestro entusiasmo. Nos hacemos las fotos oficiales de salida, primero en la puerta de entrada a la plaza de la catedral donde posa junto a nosotros una jovencita con un buen nivel étlico y después en las escalinatas de la Catedral de Burgos gracias a un viandante que se apresura para hacer la foto del grupo mientras sujeta a su perro con el pie. Hoy posamos con la equipación nueva patrocinada por el Bar Oscense.

Debemos desandar el camino hasta el camping y volvemos por el mismo carril bici hasta encontrar los waypoints de salida de la primera jornada. Estos se encuentran en la carreterita que

accede hasta el barrio de **Cortes**. Solo comenzar el trayecto, el camino comienza a subir por una dura rampa que luego cede para que, cuando llegamos a Cortes, hayamos ganado los primeros 100 m de desnivel. Rodeamos el pueblecito y tomamos una pista que se dirige hacia la autovía. La evitamos por un paso elevado que nos deja en la **cañada de Burgos a Palazuelo**. Esta pista, en excelente estado, no la abandonaremos en un buen rato.

El camino está señalizado con bastantes postes indicativos de la ruta del Cid, aunque no los seguiremos en todo nuestro itinerario. Esta pista tranquila y rodadora posibilita el momento de ir conociéndonos todos y de ir tomando contacto real con los que vienen por primera vez. No hay ningún problema, parece que encajamos bien y al cabo de un rato ya parecemos de la misma familia.

El cielo está con algunas nubes y la temperatura es ideal para pedalear. Nos rodean campos de cereal ya cosechados y otros que están yermos. Unos jóvenes árboles jalonan la cabañera.

Estamos pedaleando entre los 900 y los 1000 m y solo alguna pequeña subida nos obliga a un mayor esfuerzo. Solo el terreno pesado y con bastante gravilla hace que nuestro ritmo no sea más elevado.

Abandonamos momentáneamente la cabañera, cruzamos la carretera que va a **Carcedo de Burgos** y continuamos en descenso por asfalto hacia el **Monasterio de San Pedro de Cardeña**. Este es el primer punto de encuentro con César. Durante un rato fotografiamos su entorno, pero no podemos entrar en él porque los monjes están celebrando la misa.

Es célebre por su vinculación con el héroe castellano Ruy Díaz (1043-1099), el Cid Campeador, quien dejó a su esposa y a sus dos hijas al amparo del monasterio, bajo la protección y hospitalidad del santo abad Sisebuto y de sus monjes, cuando partía, en el año 1081, a sus empresas guerreras en el destierro. Y aquí reposarán los restos del Campeador tres años después de

su muerte, acaecida en Valencia el año 1099 y que su mujer Jimena se encargo de repatriar.

Retomamos el camino con una ligera subida hasta reencontrarnos con las señales de la ruta –también marcada como PRC-BU 115- y la cabañera.

El paisaje aparece con más arboles, con grupos de robledales aislados entre campos de labor -pocos- y zonas de monte bajo. La pista está muy arreglada y se rueda con facilidad aunque siempre con rumbo ascendente. Grandes aerogeneradores nos rodean por todas partes. Me imagino estos parajes en invierno y lo heladores que deben ser.

A tramos la pista se hace peor con grandes roderas que indican lo encharcable del terreno arcilloso y de lo dificultoso que sería pedalear por él en caso de lluvia. De vez en cuando alguna señal con la espada del Cid invertida nos indica que vamos por el camino correcto. También aparecen en ocasiones flechas amarillas en ambos sentidos.

Abandonamos la cabañera para desviarnos por el **camino de Villamiel de la Sierra**. Por error y por cabezonería mía, entramos en una finca privada llamada Casa del Monte de la que salimos en pocos minutos para retomar el camino correcto, pero que podríamos haber evitado de seguir las señales que la rodean por un camino algo desfigurado que sale junto a su valla.

Con la emisora vamos tomando contacto con César. Nos comenta que ya está en Revilla del Campo y que no hay ningún bar abierto. En realidad más tarde nos enteraremos de que estaba en Carcedo de Burgos porque preguntó a un hombre que le dio el nombre equivocado hasta que otro lugareño le corrigió diciéndole que había preguntado al loco del pueblo. Empezamos bien, en el primer pueblo el coche de apoyo se pierde.

Estamos circulando por una pista que poco a poco empeora y en algún tramo casi desaparece por la hierba baja, pero siempre se puede seguir sin problemas. Al final llegamos al **Alto del**

Pozo desde donde comenzamos a descender por una pista de nueva creación, posiblemente por una concentración parcelaria. Es bastante inclinada y bajamos a toda velocidad hasta que me percató que nos estamos alejando de los waipoints por la derecha. Michel me grita para avisarme de lo mismo. En el momento que podemos tomamos la primera pista a la izquierda y gracias al GPS vemos, para tranquilidad nuestra, que retomamos el track y por un camino nuevo llegamos hasta **Revilla del Campo**. Nos dirigimos hacia la iglesia a cuyo pie está abierto un pequeño bar. César ya ha llegado. Lo acaban de abrir y lo regenta una mujer mayor que nos prepara unos cafés con leche y unas galletas a pesar de empeñarse en que comamos unos chorizos y huevos fritos y más alimentos ricos en colesterol. Pero son las 9 de la mañana y no nos hemos ganado el jornal, así que rechazamos educadamente el ofrecimiento.

La mujer tiene ganas de hablar y cuando se entera que somos de Huesca, nos comenta que un señor viene todos los años a buscar trufas de roble y que se lleva toda la producción para venderla luego a Francia. También escribo unas líneas inentendibles en un libro de visitas de la ruta que nos ofrece y dejo constancia de nuestro paso por allí.

Retomamos la marcha por la carreterita en dirección sureste y al poco tiempo la abandonamos por un puente que cruza el **río Lara** para iniciar un ascenso poco prolongado que luego desciende para llegar a otro camino y girar a la izquierda bajo el **cerro Espeso**. La pista se introduce por un valle custodiado a la derecha por la impresionante **sierra de Peñalara**. El camino es precioso y el ambiente relajado. Pronto llegamos a **Quintanalara**, pequeño pueblo del que salimos por un camino de buen firme y que permite rodar con facilidad.

Los paredones de Peñalara me impresionan cada vez más y dan a todo el valle un encanto especial de recogimiento en el que la imaginación puede volar imaginándose los mil y un hechos que por estas tierras ocurrieron.

Lara es nombre de Alfoz -es el nombre que se daba durante la Edad Media al territorio extramuros asignado a una villa durante la repoblación foral. Esto incluía a las pequeñas aldeas y zonas rurales que dependían de las autoridades municipales de la villa, con la que formaban las llamadas comunidades de villa y tierra-, sinónimo de avance reconquistador de los cristianos, verdadero lugar primigenio de un condado que luego será reino de Castilla.

En menos de dos kilómetros llegamos a **Torrelara** que nos recibe con un crucero rehabilitado. Lo rodeamos por el sur dejando a la izquierda la población y en lo más alto de ella, en un cerro, la **iglesia de San Millán** completamente exenta y cuyo origen pudo ser militar.

Cruzamos el **río de la Dehesa** por un puentecito y el valle se encajona, tomando la pista un rumbo ascendente que nos hace presagiar un pronto cambio de vertiente. Mientras pedaleamos por el **camino de Navareña** oigo a Chavi que va contando chistes en el grupo de cola. Este, tras una bajada, nos deja en **Vega de Lara**. El pueblo apenas tiene tres casas de labranza. Salimos de él en dirección sureste para llegar a una carreterita que lleva a **Lara de los Infantes**. Dudamos si ascender a él o no. Como no nos aporta más que una subida y no nos ahorra asfalto, decidimos seguir hasta Campolara.

Contactamos por radio con César que ya nos espera en la plaza del pueblo. Durante el corto trayecto que nos separa de él, reparamos en el precioso paisaje que hemos dejado tras nosotros. Al volver la vista atrás vemos Lara de los Infantes y como telón de fondo y a modo de una proa de barco gigantesco, los paredones de Peñalara con el castillo **del Picón de Lara**, fortaleza de Gonzalo Fernández, padre del conde Fernán González, situado sobre el puntal del mismo nombre.

En **Campolara** bebemos unos refrescos y comemos una torta de anís que nos saben a gloria. Los ha comprado César durante el camino. Visitamos durante un rato el pueblo intentando fotografiar una iglesia que a duras penas cabe en nuestros objetivos. Por lo menos en este lugar sí que se ve algo de vida con algún crío pequeño jugando con su bicicleta.

Nos despedimos de César. Ahora queda un largo trecho sin posibilidad de contactar directamente. Tomamos una pequeña carretera que muere en tres kilómetros en **Villaespasa**. Bordeamos el pueblo por el norte y ya por camino de tierra, cruzamos la **partida de de Valdehonda** para descender hasta el **río San Martín**. Una pasarela nos permite atravesarlo y comenzamos a ascender por terreno algo suelto. En un par de rampas, separadas por un pequeño descanso, llegamos a un alto desde donde descendemos a toda velocidad, por un terreno muy suelto, hasta la carretera de **Jaramillo Quemado**.

Este pueblo lo dejamos al norte, a poca distancia. Reagrupamos de nuevo y proseguimos durante un kilómetro por carretera hasta tomar un desvío a la izquierda que asciende poco a poco y que, al llegar a una curva, casi desaparece. Reagrupamos de nuevo y aprovechamos para reponer la crema solar desaparecida. La temperatura es muy agradable, pero no debemos olvidar que circulamos a mil metros de altura y el sol nos puede quemar con facilidad.

Frente a nosotros, en la lejanía, vemos los paredones que rodean el **río Arlanza**. Debemos cruzar una zona donde el camino escasamente se adivina, teniendo como referencia unos viejos robles. En este punto abocamos a un camino que tomamos a la derecha, primero llaneando y luego, en descenso, hasta las **tenadas Encimeras**. Estas son unas construcciones de piedra con tejas rojas que se encuentran en su casi totalidad en ruinas. El descenso continúa siempre con la **sierra Gayubar** frente a nosotros y acompañados del **río Pedroso** hasta llegar a la N-234. El track nos manda por la carretera, pero descubrimos una senda marcada que nos permite cruzar el río y seguir paralelos al asfalto hasta que no queda más remedio que salir a él. Cruzamos la carretera y nos desviamos por un antiguo trazado de la nacional que desemboca en **Barbadillo del Mercado**.

Este es el último punto de contacto con César hasta llegar al final de etapa. Son las doce del mediodía y vamos muy bien de tiempo. Recorremos el pueblo hasta la plaza de la **iglesia de**

San Pedro Apóstol. Las calles casi la dejan exenta y descubrimos un **rollo Jurisdiccional** –en este lugar se azotaba y se hacían cumplir las penas a los reos- en la plaza Mayor. Paz se acerca a unas casas y unos vecinos creen que somos invitados de una boda que se está celebrando. ¡Vaya con los vecinos, seremos los primeros invitados disfrazados de ciclistas! Insisten en que fotografiemos los escudos nobiliarios que hay en diversas casas. La iglesia merece una parada para disfrutar de su potente torre y en un intento de hacer la mejor toma, Michel se tira en el suelo intentando encajar el monumento en su visor.

Después de un pequeño receso, continuamos la ruta atravesando una carreterita y tomando un camino desvaído en dirección al viejo puente romano –**puente del Canto**- que salva el **río Arlanza**. Después de atravesarlo, aparece una pista esplendida para rodar y que nos lleva a cruzar unas vías de tren abandonado. A partir de este momento pedaleamos junto a ellas hasta **La Revilla**. Atravesamos esta minúscula localidad y de nuevo pedaleamos junto al ferrocarril abandonado.

Al saber que el final de etapa esta cerca y con una pista rodadora, Pedro, Luis, Paz, Marcos y yo, comenzamos una carrera contrarreloj estirando el grupo. En la vieja estación de tren de Salas de los Infantes reagrupamos para seguir ya por carretera los escasos metros que nos faltan de etapa.

Salas de los Infantes fue fundada en el año 974 por el conde Garcí Fernández, año en el que concede fueros y heredades a Gonzalo Gustios para poblar Salas, integrando las villas circundantes. Los fueros obedecían a una prioridad de orden estratégico y económico a la hora de repoblar las tierras fronterizas. Hasta el s.XVI era nombrada como Salas de la Hoz de Lara -del Alfoz de Lara- y poco después pasó a llamarse Salas de los Infantes. El cambio pudo deberse al descubrimiento de las cabezas de los infantes en la iglesia de Santa María en el año 1579.

Cuenta la leyenda de los Siete Infantes de Lara:

El Señor de la Ciudad, Gonzalo Gustios, tuvo siete hijos. Durante la boda de un familiar, uno de los siete infantes mata, accidentalmente a un primo de la novia. La novia, exige venganza a su marido (Ruy Velázquez). Éste, para complacer a su esposa, trama la siguiente venganza: pide al Señor Gonzalo Gustios que mande un mensajero al famoso General árabe Almanzor (que se encontraba en Córdoba) con una nota en árabe, en la que pide que se mate al portador e indica dónde puede encontrar a los hijos del Señor Gonzalo, ofreciéndole la vida de éstos en señal de amistad. Almanzor hace preso al ingenuo señor Gonzalo Gustios y manda a sus tropas a emboscar a los siete infantes, que engañados por el vengativo marido, son asesinados y cortadas sus cabezas.

Las cabezas son enviadas a Gonzalo Gustios, preso de Almanzor, que al verlas sufre tal dolor, que el General árabe, conmovido le libera.

Durante su cautiverio, Gonzalo Gustios tiene un hijo con la hermana de Almanzor. Pasados los años, el hijo, Mudarra, vuelve a Castilla junto a su padre y, conociendo la historia de sus siete hermanos, los vengará y matará a Ruy Velázquez.

Las cabezas de los Siete Infantes están hoy en la Iglesia de Salas, sus cuerpos, en una iglesia de La Rioja.

Dejando historias aparte, a las 13,30 ya hemos acabado la etapa. Esto no me lo esperaba, sabía que la etapa era la más corta y que nos serviría de precalentamiento aventurero, pero se me ha hecho muy fácil y con pocos desniveles.

César ya ha localizado nuestro lugar de alojamiento. Está en la calle principal que coincide con la carretera del pueblo. Nos ponemos en contacto con los dueños del **Hostal Mayale**. Nos dicen que no sabían nada de las bicis y que si las queremos guardar tendrá que ser en una nave que tienen en un polígono cercano. Montamos de nuevo en nuestros trastos y al cabo de un kilómetro de una gran subida, llegamos a la nave. Las

guardamos y regresamos hasta el hostel en el coche de la dueña que realiza dos viajes.

Ocupamos todas las habitaciones y nos comentan que como es sábado ellos se van. Les preguntamos donde desayunar mañana a las 7 de la mañana y nos dicen que no hay nada abierto y que ellos cierran el bar a las tres de la tarde. No conseguimos convencerla y algunos de nosotros vamos a comprar comida para el desayuno en un supermercado de la localidad.

Recogemos las bolsas de equipaje de la furgoneta y tras una merecida ducha, nos vamos a comer. Preguntamos a los lugareños donde podemos comer bien y barato. Nos dan un par de referencias pero no hay sitio. Por fin aparece el dueño del hostel y nos recomienda el **asador Mudarra**. Nos dirigimos hasta él antes de que sea tarde y, aunque el menú no es barato, nos sirven una comida excelente con primer plato a elección – me como mi segunda sopa castellana de la ruta- y de segundo carne a la brasa en gran cantidad.

Después de la succulenta comida, descansamos un poco, hacemos algo de colada y aprovecho para descargar los datos del track al ordenador y escribir este diario. Oigo a los demás en la terraza de un bar, así que, como a mí también me apetece estar con el grupo, decido que en adelante no escribiré nada y dejare al albur de mi memoria el resto del relato.

César, Marcos, Pedro, Paz, Tere, Michel y yo, decidimos ir a recorrer el pueblo empezando por la parte vieja. Subimos hacia la iglesia de Santa María no sin antes detenernos en unos enterramientos antropomórficos que hay a sus pies. Luego cruzamos el río Arlanza y nos dirigimos por un sendero balizado hasta el **conjunto rupestre de Peña Rota**, zona eremítica donde Marcos, César y Michel hacen sus pinitos como escaladores introduciéndose en varios habitáculos. Luego trepamos hasta la parte más alta de la peña donde, en una zona llana, aparecen los restos de unos muros de lo que debió ser una fortificación primitiva ya que domina todo el pueblo.

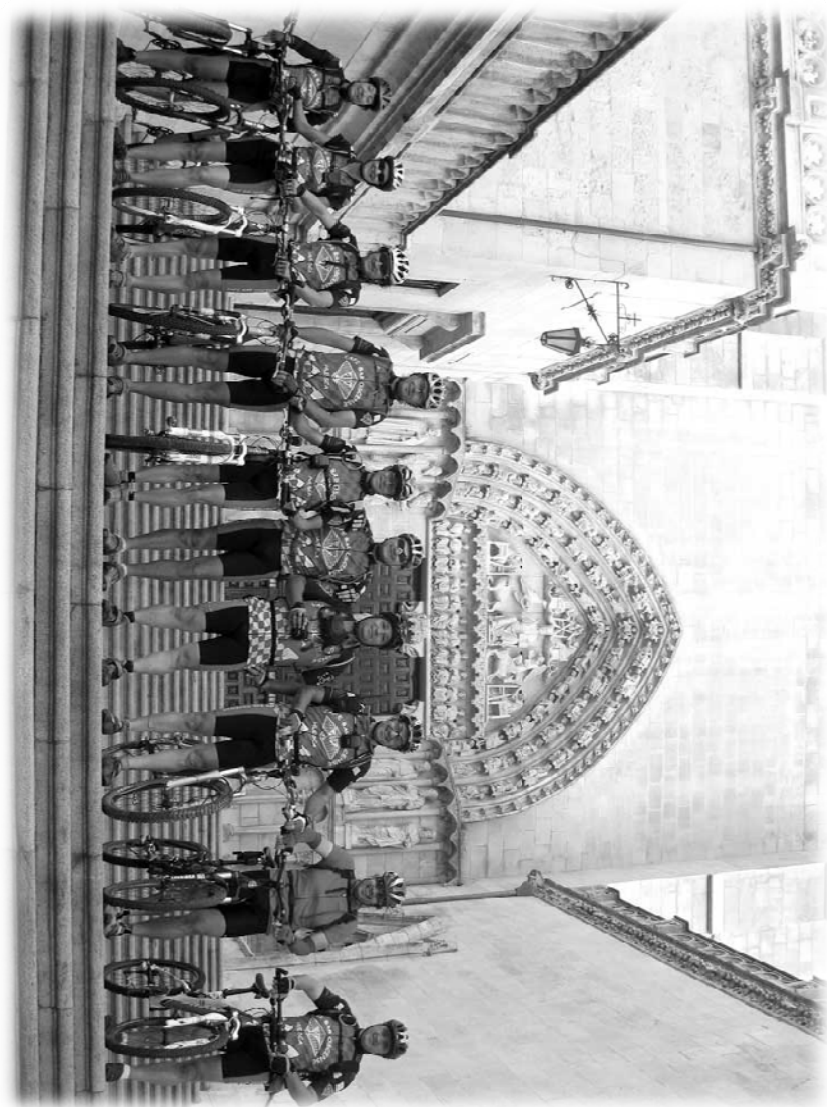
Luego descendemos “a la brava” por una colina para acabar junto a un dinosaurio donde nos fotografiamos divertidos. Y es que esta es una zona donde abundan los restos fosilizados de dinosaurios e incluso hay un museo que hoy está cerrado.

De vuelta al hostel y después de un buen rato andando, tomamos unos refrescos junto a los demás hasta la hora de cenar. Tere y Chavi comienzan su sesión diaria de sudokus a la vez que comparten tertulia con los demás.

Para cenar elegimos un lugar con platos combinados que resultan ser bastante completos y tras una divertida sobremesa nos retiramos a dormir la mayoría. Otros aún tienen fuerzas para trasnochar un poquito

Al final han salido 66 km y poco más de 4 h de duración. La etapa es corta, pero no se puede alargar más porque no hay alojamientos en muchos kilómetros a la redonda. El desnivel acumulado no supera los 600 m.

Ha sido un magnífico comienzo de ruta y el grupo funciona a la perfección.



Salida oficial de Burgos



Camino de Salas de los Infantes

Salas de los Infantes – Burgo de Osma

Domingo, 5 de julio de 2009

Nos levantamos temprano, sobre las 6,15 de la mañana. Ha sido una buena noche en una pequeña, pero cómoda habitación, tan solo alterada en alguna ocasión por la algarabía de los trasnochadores. Como ya nos informaron el día anterior, no hay nada abierto donde desayunar. A las siete nos espera en la puerta el dueño del hostel. Nos lleva en su coche mercedes hasta el almacén donde guardamos las bicicletas el día anterior. Los que no cabemos en su coche empleamos la furgoneta-patera que nos sirve de coche de apoyo. En poco rato preparamos, revisamos y engrasamos nuestras bicicletas.

Debemos salir por la carretera que une Salas de los Infantes con Castrillo de la Reina. Es ancha y recién arreglada con un perfil suave aunque casi siempre en ascenso. Hace frío y lo combatimos con manguitos o chubasqueros. A veces se nos olvida que no bajamos de los mil metros de altitud. Con el sol despuntando en el horizonte llegamos a **Castrillo de la Reina**, pueblo en el que apenas entramos para desviarnos enseguida por una carreterita estrecha en dirección a Moncalvillo. El camino ya no es tan llano y va ascendiendo progresivamente por un bosque de robles. A tramos, la carreterita se endurece mucho más y entre recurvas llegamos al **collado de Piedra Redonda** donde reagrupamos. El sol ya empieza a calentar y nos despojamos de parte de la ropa de abrigo. Descendemos un poco hasta una zona más húmeda donde el camino retoma su trazado ascendente hasta coronar el paraje de los **Huertos Nuevos**. Ya vemos **Moncalvillo** en el fondo del valle y descendemos a él en pocos minutos.

El pueblo aparece a estas horas solitario y solamente encontramos un par de ancianas que preparan unos cojines para sentarse en unos bancos a la puerta de su casa. El pueblo

se asienta rodeando a la **iglesia de San Pedro** y pertenece a la comarca de la Demanda. En la plaza, de curioso nombre – *Plaza de los esposos Matías E de la Fuente y Clara Aguilar*- que debe traer de cabeza al cartero, encontramos un antiguo lavadero y una pequeña represa sobre el **río Ciruelos**. Vemos también una calle llamada de los *Emigrantes a Méjico* lo que hace pensar en el pasado de sus habitantes. Ya discurren para poner nombre a los sitios. De este pueblo era natural uno de los fallecidos en el atentado de las Torres Gemelas en nueva York.

Una vez descansados y después de múltiples fotografías salimos de él por la *Calle Real* que se transforma en un camino en ligero, pero en continuo ascenso que no es otro que la **Cañada Segoviana**. El camino sigue paralelo al río Ciruelos por un paraje relajante entre peñascos que esconden alguna tenada en su parte baja. Mientras disfrutamos de las vistas nos encontramos con un par de vecinas que regresan al pueblo después de un paseo. En poco tiempo llegamos a una zona algo más amplia donde el río Ciruelos recoge las aguas del **Barranco de la Vega**. A partir de aquí el camino toma más desnivel y comienza a aparecer ganado vacuno.

Pedaleamos cómodos y relajados entre viejos robles que dan sombra al camino. Ya vemos el collado donde parece que cambiaremos de vertiente. Está situado a 1200 m de altitud y se llama **Cabecita de los Siete Hermanos**. Vaya nombres usan por estos lares. Aprovechamos para reagrupar y quitarnos la poca ropa de abrigo que aún llevan algunos. Paz comienza a quitarse sensualmente los manguitos en un baile al estilo Gilda. Las cámaras no se pierden ni un solo detalle.

La pista, ya en descenso, se hace mejor, es arenosa, pero, muy buena para rodar. Nos lanzamos a toda velocidad hasta una zona de prado amplia donde unas cercas indican que se trata del lugar donde guardan el ganado. Continuamos por camino más llano hasta desembocar en el **camino de la Tejera** –centro forestal- justo donde cruza el ferrocarril abandonado – Santander – Mediterráneo, creo- que ya vimos ayer. Si estuviera preparado, sería una estupenda vía verde, por su longitud y por

su entorno. Desde aquí y en pocos minutos llegamos a **Rabanera del Pinar**.

El pueblo, muy bien conservado, está dividido en dos partes por el antiguo ferrocarril. Una, por donde pasamos y la otra al pie de unos peñascos. Como dato curioso diré que es uno de los sitios con menos riesgo sísmico de España. Buscamos un lugar donde desayunar algo y un amable lugareño, con muchas ganas de hablar, nos indica un par de sitios, pero están cerrados. Charlamos un rato con él y como buen conocedor de la zona nos indica el camino correcto a seguir y que coincide con el que teníamos en mente recorrer. Como de costumbre, se trata del camino que más asciende. La pista, tras atravesar una cleta, mejora a cada momento. Desde el collado el camino ya descende entre bosques de pinos. Nuevamente nos lanzamos a toda velocidad. En un acopio de valor y de falta de sentido común, decido filmar la bajada (*una prueba que sale bien y que repetiré durante el resto del recorrido*) mientras sigo a Luis.

Pronto llegamos a **Aldea del Pinar** tras atravesar el **río Beceda**, César nos espera aquí. Por la emisora ya nos ha comunicado hace un rato que en el pueblo tampoco hay donde desayunar, pero ascendemos hasta la plaza para ver la **iglesia de Nuestra Señora de la Asunción**. En la portada hay una hermosa escultura en piedra de la virgen. Preguntamos a los vecinos que nos indican que en Hontoria del Pinar hay bar. Es domingo y temprano; esperemos tener suerte. Salimos del pueblo por una carreterita estrecha que desemboca en otra mejor que corre junto al **río Moyuelo**.

Ya en **Hontoria del Pinar**, pueblo situado a la entrada del **Cañón del río Lobos**, César nos avisa que ha encontrado un bar abierto. Es el bar Galindo. Quiero dejar constancia del lugar porque nos tratan de maravilla. Nos ofrecen bocadillos de embutidos artesanos elaborados por ellos mismos. Al final nos decantamos todos por el jamón casero que sirven en gran cantidad. La dueña sale a buscar pan y le ayudan varios familiares en la preparación porque para este pequeño local somos todo un ejército. Chavi merodea por la cocina y se gana

un buen bocado de jamón y una proposición de baile de la cuñada de la dueña. Unas jarras de cerveza y un rato de charla con el dueño ayudan a decidir una variación en nuestro recorrido. Le cuento el itinerario que elaboré en casa para evitar la carretera a **San Leonardo de Yagüe**. Me confirma que es correcta, pero también nos dice que merece la pena recorrer todo el barranco del río Lobos desde aquí. Tenemos dudas porque en los diarios de otros ciclistas que hicieron la ruta comentaban que había tramos en los que la dificultad era grande si el río lleva agua. El hombre nos confirma que se puede hacer sin problemas ya que el cauce está seco – que no quiere decir que no lleve agua-. Me explico, el río corre bajo el cauce seco debido a que se trata de una zona kárstica. El agua solo aflora cuando las cuevas que hay bajo él se ven superadas por la capa freática. Tengo un momento de duda, no quiero una embarcada general de 12 km hasta llegar al lugar conocido, pero a la salida del bar Michel me comenta que ya han elegido ir por el cañón. Una decisión democrática que a la postre será de lo más acertada.

Nos despedimos de los propietarios y seguimos las indicaciones que nos han dado. Tomamos dirección a la depuradora de agua y pronto llegamos a una especie de parquin donde dejan los coches los que quieren hacer el recorrido. Entramos en el **Parque Natural del Río Lobos**. Comienza una senda preciosa entre pinares que se introduce en el cañón. Al principio las paredes laterales son pequeñas y el cauce está seco, ni una gota de agua. La senda está contenida por troncos de árboles sujetos con picas de madera. Todo está perfectamente marcado como PRSOBU 65. Pedaleamos emocionados por la belleza del lugar a un ritmo lento. No todos los miembros del grupo tenemos la misma práctica en este tipo de terreno. Tere y Paz, a priori, son las que más dificultades debieran tener, pero conforme pasa el tiempo me sorprenden agradablemente y, salvo zonas puntuales, lo superan con sobresaliente. Esto me anima y empiezo a despreocuparme dirigiendo mi atención a filmar parte del recorrido y a fotografiarlo todo. A cada recodo del barranco aparecen lugares dignos de fotografiarse o tomar algún video.

Esto, en un par de ocasiones, casi me cuesta una caída, pero hoy me siento en racha y nada puede salir mal.

El cañón se cierra cada vez más, las paredes crecen en altura y el sendero cruza el barranco varias veces, pero se puede vadear fácilmente por el cauce seco. Salimos de la provincia de Burgos y entramos en la de Soria.

En algún tramo pequeño debemos desmontarnos cuando la senda remonta para salvar zonas más escarpadas de la pared. El único susto es una caída “glamourosa” de Tere que se resuelve sin más consecuencias que las risas y fotografías para inmortalizar el momento. El cañón se va abriendo poco a poco y el sendero en muchos tramos se transforma en camino. Aparecen algunas surgencias de agua, ahora secas, propias de este tipo de terreno.

Tras cruzar por enésima vez el río, de repente, veo que Michel, Luis, Marcos y Pedro salen en dirección a unas rocas de la pared y se quedan como sabuesos al acecho de la presa. El primero ha visto un lagarto y decididos a fotografiarlo se quedan un buen rato haciendo mil monerías para que este se mueva y tomar una buena instantánea. Hemos pasado por parajes conocidos como **Hoyo de los Lobos, La Isla, Las Raideras, El Apretadero, Malviento, Los pozuelos o Las Canales.**

Ya todos juntos, llegamos al **punte de los Siete Ojos** que divide el recorrido del cañón en dos partes y lugar donde tomamos contacto con César. Nos fotografiamos bajo sus ojos y nos acercamos a una zona de descanso y parquin donde aprovechamos para beber algo fresco y comer unas galletas que nuestro compañero ha traído en el coche-patera de apoyo.

Retomamos el recorrido y la presencia de senderistas y ciclistas aumenta. En la primera parte del recorrido apenas nos hemos cruzado con cuatro o cinco personas. Todos hacen el recorrido a la inversa que nosotros. Unos paneles explicativos muestran el origen del cañón y fotografías de cómo es cuando baja agua y la verdad es que asusta.

El cañón es ahora más amplio, el cauce es muy ancho y el sendero se difumina en bastantes lugares. Optamos por seguir el sendero balizado que en bastantes momentos se transforma en camino. En algunas ocasiones se eleva sobre la ladera por un terreno algo peor pero ciclable. En una zona conocida como **El Perún**, debemos pasar el sedero tallado en la roca por una pasarela aérea que evita la primera zona que encontramos con agua. El camino vuelve a ser ciclable y el cañón se cierra más convirtiéndose en un tortuoso recorrido con continuo cambios de dirección en las zonas de Las **Fuentes, El Apretao, Pozo Negro y los Picaraños**.

Ahora ya aparecen numerosas zonas con agua llenas de abundante vegetación, sobre todo con nenúfares. Pedaleamos todos juntos y cada vez encontramos más senderistas. José Luis, en uno de esos “raros” momentos de despiste, se cae sin ninguna consecuencia. En algún recodo del camino donde el cañón se abre algo más, encontramos un rebaño de ovejas que dormitan tranquilas sin inmutarse a nuestro paso. Solo otro tramo pequeño donde circulamos por unas escaleras de piedra para acabar en el **Mirador de los Nenúfares** donde reagrupamos y el sendero vuelve a ser ciclable.

Durante el trayecto podemos observar multitud de buitres y otras rapaces amén de Marcos, un nuevo espécimen de jabalí introducido desde Binaced que se caracteriza por espantar ciclistas, algún niño y marcar el territorio constantemente.

Poco más adelante dejamos a nuestra izquierda una cueva – **Cueva Negra**– y unas viejas colmenas elevadas sobre la pared – **Colmenar de los Frailes**– que ya utilizaron los templarios que habitaban en la ermita de San Bartolomé. El sendero nos obliga a cruzar alguna vez más el río ahora con un poco de agua. Esto ocasiona problemas en mi ciclo-computador que muere aquí.

Las paredes del cañón aparecen llenas de grandes oquedades, preludio de la inmensa cueva en la que encontramos pinturas rupestres de la edad del bronce. Esta es una enorme gruta en la pared del cañón, llamada **Cueva Grande**, que permite introducirnos en ella ascendiendo hasta que la falta de luz no

deja seguir. Desde ella, como si fuera un marco pétreo, vemos la **ermita de San Bartolomé** al otro lado del río. Todos entramos en ella hasta donde podemos e incluso Luis sube con la bicicleta hasta que la inclinación del terreno lo impide.

La ermita, parece que originalmente fue la iglesia del convento templario de San Juan de Otero y fue construida en las primeras décadas del siglo XIII, en estilo románico muy tardío y sobrio, al gusto cisterciense. El lugar merece una parada larga. Dejamos las bicis bien aparcadas bajo los árboles y la mayoría decidimos pagar el euro que cuesta visitarla a pesar de algún murmullo de fondo. Recorremos su interior y hacemos unas fotografías. Contrasta sobremanera la diferencia de calidad plástica de las tallas, de factura poco refinada con relación a la monumentalidad arquitectónica del edificio. Está situada en un entorno inigualable, rodeado de rocas moldeadas por el agua y el viento con profundos agujeros y custodiada por dos inmensos troncos ya secos y que bien podrían ser robles.

César, que ha llegado andando hasta aquí desde el parquin donde ha dejado el coche patera, nos comenta sudoroso que el sendero continúa y llega hasta este. Luis, Michel, Pedro y yo, comenzamos a recorrerlo, pero es de piedra suelta y nos damos la vuelta, no es cuestión de meter por sitios así a Tere y a Paz y que tengamos un disgusto. Luis, que no nos oye, sigue por él. Tomamos el camino de acceso a la ermita y vemos como la senda circula paralela a él. Cuando llegamos al parquin Luis ya ha llegado. Esperamos a César que viene andando y sofocado para ir a comer al **bar Cañón del río Lobos – Casa Puri** situado allí mismo.

Hay sito para comer y la dueña nos prepara una mesa grande rápidamente. Los platos que nos ofrecen están muy bien, potajes, carnes, cordero asado, etc. Me sirven unas truchas escabechadas que nunca había probado y que están exquisitas. Otros piden unos costillares de cordero asado que son inmensos y dignos del más importante rey medieval.

Durante la comida y en medio del jolgorio general, decidimos nombrar a Tere y Paz caballeras por el estupendo

comportamiento que han tenido en este tramo que se presentaba difícil para ellas. Armado de una bomba de bicicleta a modo de espada y de un mantel de papel como capa, nombro a Paz, en representación de ambas –Tere es muy “tímida”- y por el poder que me otorgan mis compañeros, la UCI y yo mismo, **Caballera de la ruta del Cid**. La ceremonia acaba con los aplausos de los comensales allí presentes y el asombro de la dueña y camareros. Una mujer que abandona el comedor en ese momento dice en voz baja: *“muy bien chicas”*. Más tarde nos comentará César que a la dueña del local le ha encantado y que le parecemos un grupo muy divertido, que podemos volver cuando queramos. Y nosotros gustosos de poder repetir.

Salimos por la carretera de acceso al Parque Natural hasta la carretera de acceso a **Ucero**, justo en el nacimiento del **río Ucero**. Tomamos la carretera que lleva a Burgo de Osma dejando a nuestra izquierda, en un promontorio rocoso, el **castillo medieval de Ucero**. Rodeamos el pueblo sin entrar en él para cruzar el puente sobre el río Ucero. Tomamos una pista que sale en dirección sur y que corre paralela a él. En descenso y a buen ritmo llegamos a la carretera de acceso a **Valdelinares**. El grupo va separado en varios pelotones y el de Michel sube al pueblo mientras los demás bordeamos por pista el pueblo.

Reagrupados de nuevo y a ritmo de contrarreloj, descendemos por pistas muy buenas hasta **Sotos de Burgo**. El pueblo tiene muchas construcciones de adobe típicas castellanas que paramos a fotografiar. Sale de una casa un hombre que nos pide por favor que no fotografiemos las ventanas inferiores de la casa que tenemos en ese momento delante...

-*“las ha hecho un abuelo de 90 años y están muy mal”* - nos dice apesadumbrado.

-*“No se preocupe que solo fotografiaremos las de arriba”* - contestamos nosotros riendo.

Continuamos en la misma dirección y tras atravesar bajo la autopista llegamos a **Burgo de Osma**. César nos avisa que está aparcado junto al hotel. Llegamos siguiendo la antigua nacional

hasta la gasolinera tras la que están las habitaciones. Descargamos las bolsas de equipaje, guardamos las bicis y a la ducha, que la tenemos bien merecida. Descargo los datos del día en el ordenador y todas las fotografías del día que han sido muchas. Hoy, a diferencia de ayer, no me apetece escribir y dejo todo a criterio de mi memoria.

Mas tarde y ya aseados salimos a conocer el pueblo. Es precioso y recorreremos todo el casco antiguo que se asienta sobre la antigua ciudad arévaca de **Uxama**. Paseamos por las calles porticadas, con la madera como principal esqueleto, para llegar hasta la plaza donde se ubica la catedral. Buscando un lugar donde cenar, pasamos por el puente sobre el río Ucero, rodeado de jardines bien cuidados. No nos convencen los sitios para la cena o el precio se dispara. Es domingo por la tarde, así que tras una caminata larga, acabamos en la plaza del pueblo donde nos sirven con cierta desgana la cena. Son los restos del día y no precisamente los mejores. Durante la comida recordamos los mejores momentos del día y tras un buen rato de charla buscamos donde tomar un último café. Luego a la habitación donde han encajado las camas como han podido, parecemos piojos en costura. Duermo con Pedro y con Luis. Como mi vida peligra entre este par de roncadores profesionales, prueban unas tiras nasales para dormir y doy fe que funcionan.

Al final el recorrido ha quedado en 76 km de los que casi 26 lo han sido por los senderos del impresionante Parque natural de Río Lobos. El desnivel acumulado es de unos 520 m y el tiempo de pedaleo real de 5 h 30 m.



Rabanera del Pinar



Cañón del río Lobos



Cañón del Río Lobos - Ermita de San Bartolomé



Nombramiento de Paz como Caballera del Cid

Burgo de Osma - Medinaceli

Lunes, 6 de julio de 2009

Nos levantamos a las 6,15 como los demás días para estar preparados y con las bicis en estado de revista antes del desayuno, sobre las 7. De mala gana y con paso cansino, aparece la dueña del bar donde tomamos un café con leche y algo de bollería. No hay manera de encontrar ningún sitio que abra antes. Al final conseguimos salir sobre las 7,20, demasiado tarde para mi gusto pues se supone que nos espera una etapa larga de casi 100 km y desconocemos el tipo de terreno que nos aguarda. Hay muy buena temperatura para el pedaleo y no hace el frío de días anteriores.

Tomamos dirección al centro de **Burgo de Osma** y lo rodeamos por el este hasta encontrar un carril bici muy amplio que circula por la margen izquierda del río Ucero y desde el que vemos a la izquierda, en lo alto, el **castillo de Burgo**. Este acaba en la intersección con la carretera SO-160. La tomamos durante medio kilómetro y giramos a la izquierda por un camino de buenas características que solo tiene un pequeño repecho. Este transita entre campos de labor recién cosechados hasta que a la altura de la partida de Los Charquillos el camino desaparece porque ha sido labrado. ¡No llevamos ni media hora de pedaleo y ya tenemos el primer contratiempo! Dudamos un momento, pero decidimos seguir en la dirección que marcan los waipoints que tracé en casa. Afortunadamente, en menos de 300 m, llegamos a un vado sobre el **río Sequillo** que atravesamos sin problemas ya que hace honor a su nombre. No las tengo todas conmigo, el camino está muy vestido, con hierbas altas y zarzas. Por suerte en otros 200 m abocamos a una pista en mejor estado. Ahora sí que empezamos a subir. Entre pinares y campos recién labrados, pedaleamos ligeramente separados. Hay una avería en la bici de Marcos, la

marcha se vuelve a retrasar y mientras esperamos vemos unos corzos que corretean entre los árboles.

Descarto una variante que traía de casa ya que el camino es infame y no es cuestión de embarcarse tan pronto, así que continuamos por el track original. Tras un ligero descenso volvemos a subir hasta una partida conocida como *La Juncada*. Hay un gran número de pistas y trochas que atraviesan el bosque y debemos estar atentos a los desvíos. Ahora todo es pinar con algo de pasto y ascendemos hasta lo que parece ser un cortafuegos. Unos carteles de GR86 nos indican que vamos en la buena dirección. El camino es ahora llano y rodamos a gran velocidad lo que provoca que el grupo se fragmente de nuevo ya que el pelotón de cola va de charleta. En poco más de tres kilómetros desembocamos, a la altura de la *Caseta del Alto* en una carreterita -C116- que atravesamos y a la que luego volveremos. Tomamos una pista muy ancha junto a un indicador de varios pueblos y que sigue demostrando que llevamos la dirección correcta. Por desgracia no todo puede salir bien y el desvío que debiéramos tomar simplemente no existe y en un descenso trepidante, Michel y yo -maestros “*gepeseros*”- nos damos cuenta que nuestro rumbo se aleja de manera considerable del camino original. Decido adelantarme con Luis y con Pedro, mientras Michel cierra el grupo, con la esperanza de que el sentido de la pista cambie y nos lleve a buen puerto. Me alienta el ver que es un camino muy nuevo y quizás haya sido remodelado recientemente. Poco a poco se cumplen las expectativas y por fin, tras varios kilómetros, volvemos a retomar el track al salir de nuevo a la C116. Reagrupamos y con el corazón más tranquilo, tomamos un camino que arranca junto a unas casas aisladas y que muere al llegar a unas vías de tren abandonado. No hay ningún camino paralelo a estas así que no queda más remedio que continuar por ellas. En un principio se puede pedalear sobre las traviesas cubiertas de tierra pero a tramos estas están al aire y me empeño en pasar sobre ellas lo que tendrá funestas consecuencias un rato más tarde. Como podemos, seguimos durante algo más de un kilómetro hasta llegar a un puente de ferrocarril sobre el **río Duero**. Lo atravesamos y llegamos hasta las **Casas del Batán**.

Sin entrar en ellas, tomamos una pista que en poco tiempo llega a **Aguilera**. Desde hace un rato y como la pista es muy lisa, noto que mi rueda va a saltos, como si estuviera abollada. Paro un momento a revisarla y descubro que la cubierta está deformada peligrosamente y pierde aire. Como son cubiertas *tubeless* y llevo líquido anti-pinchazos, la fuga de aire se cierra, pero el abombamiento va in crescendo. Debido a que acabamos de contactar con César que se encuentra en Berlanga de Duero y la población está cercana, decido seguir con precaución. Pronto llegamos a ella en descenso con su precioso castillo vigilante.

En **Berlanga de Duero**, César localiza un bar donde podemos comer algo. Es, quizás, demasiado temprano pero las previsiones indican que no habrá otra comida fuerte hasta la llegada a Medinaceli, salvo que ocurra un milagro. Antes de comer aprovecho para meter más presión a mi rueda por consejo de Chavi con la esperanza de que el látex haga una capa de protección interna.

Asaltamos literalmente la barra y acabamos con todas las tortillas de todo tipo que hay en ella. Pregunto al camarero si existe alguna tienda de bicis o similar. Hace un amago de echarse a reír, pero al ver mi cara suplicante me dice que, en todo caso, en Medinaceli. Unas jarras de cerveza y comida en abundancia hacen que me olvide momentáneamente de mi problema mecánico hasta que el estallido de la rueda da un susto de muerte al pobre Jesús. Ya no hay remedio y doy gracias a que me ha ocurrido junto al coche de apoyo. José Luis me ofrece amablemente una cubierta plegable que tiene en el coche de apoyo, pero decido usar una que Michel dejó en la furgoneta para casos de averías. La plegable nos puede ser más útil si necesitamos llevarla encima en otra circunstancia. Ya son demasiados incidentes en este día y aún nos quedan muchos kilómetros, ¡no sé yo!

Gracias a Chavi –experto mecánico–, montamos la cubierta nueva eliminando la *tubeless* que está completamente reventada

por dentro. Imagino que ha sido por culpa de las traviesas al empuñarme en pasar por ellas sin bajarme.

Olvidando el incidente, salimos de Berlanga de Duero atravesando el pueblo bajo un arco y recorriendo su casco antiguo hasta tomar un andador que corre entre árboles junto al **río Escalote** bajo el impresionante **castillo de Berlanga** . Cruzamos el río por un puente y el camino se vuelve rectilíneo mientras se introduce en un valle alargado y repleto de campos de cereal sin recoger todavía. El ritmo es muy rápido porque el camino, aunque ascendente, es muy suave y bueno para rodar. Se forman continuamente pelotones y debemos reagrupar con cierta frecuencia, pero este es el terreno idóneo para forzar la marcha y recuperar el tiempo perdido. Vamos dejando al otro lado del río, a nuestra derecha, pueblos como **Ciruela** , **Casillas de Berlanga** o **Caltojar** y alguna torre vigía en lo alto de la colina. Desde este último y junto al **río Torete** , la pista por la que circulamos ya aparece asfaltada lo que hace que aumentemos aún más el ritmo hasta llegar a **Bordecorex** . El pueblo parece estar en proceso de rehabilitación.

El valle se ha ido cerrando poco a poco aumentando en altura sus laterales ondulados y al fondo no parece tener salida. Cuando eso pasa ya sabemos que toca; ¡cuestón! Vemos con miedo una rampa que asciende por el lateral del valle. Son unos 150 m de desnivel en una subida sin descansos, en muy poca distancia que debemos hacer en platillo y que nos deja en una meseta desierta. La vista sobre todo el valle que hemos dejado atrás es espectacular con sus colores ocres salpicados de algún campo verde de girasoles entre la cosecha aún sin recoger. Esta subida hace estragos en el grupo y este se separa en pelotones de a uno. Luis cierra el grupo y cuando llega arriba su cola de zorro ya aparece sujeta sobre el casco, signo inequívoco de calor y sufrimiento.

El paisaje cambia, dejamos de lado los campos de labor y entramos en una zona de páramo, pedregosa, y salpicada de carrascas. Sin embargo, salvo en algunos tramos, el camino es bueno y relativamente llano e incluso descendente con unos

pequeños repechos. A partir de un pequeño collado ya descendemos por una pista bastante mejor hasta **Barahona** (Baraona) donde nos encontramos de nuevo con César. Tras recorrer el pueblo, acabamos en una zona ajardinada con abundante sombra y una buena fuente donde nueve de nosotros rellenamos nuestros camelback y Paz su bolsa “micromachine”. Una leyenda sobre el caño del agua nos recuerda la importancia de este elemento:

“Gota a gota, cayendo está y al caminante sediento, la sed viene a calmar”

Es un momento de relax donde aprovechamos para descansar ante la mirada distante de tres abuelos que allí disfrutan de la sombra. César nos provee de bebidas frescas y algunas galletas que nos llenan un poco el estómago. Del pincho de tortilla de Berlanga ya solo queda el recuerdo. Las espaldas y cuellos ya duelen así que Michel ejerce de improvisado masajista a los que alguna dama responde con gemidos de placer no reproducibles. Como Chavi y Michel comienzan a jugar con los columpios, signo evidente de enajenación mental transitoria y Tere hace lo mismo con un elefantito, decidimos reanudar la marcha.

Entramos ahora en una zona llana en la que tengo marcadas diversas alternativas. Pedaleamos con tranquilidad hasta un cruce donde debemos elegir. La variante que tomamos se introduce por caminos algo cerrados rodeados de cereal a medio recoger y empiezo a temer que acaben en un campo sin salida, sin embargo no es así y por suerte abocamos a una pista recientemente arreglada, muy arcillosa, que en caso de lluvia puede ser una trampa para las bicis. Por fortuna el día, aunque con nubes desde la salida, no amenaza agua. La pista rodea un pinar hasta desembocar en un camino que lleva a **Romanillos de Medinaceli** y que dejamos a la derecha. Decidimos no ascender a él y seguimos por el antiguo camino de Romanillos, en peores condiciones y que acompaña al **río de la Vega** de Alcubilla hasta **Mezquetillas**.

No entramos en el pueblo y giramos a la izquierda en subida hasta la **ermita del Beato** desde donde hay una estupenda

vista de toda la zona. Creemos que estamos cerca de Medinaceli y apuramos el paso hasta que el camino desaparece. Estamos en lo alto del promontorio de la **Cabeza de Molina**. Nuevamente debemos guiarnos por los waipoints y atravesamos durante un rato una zona yerma hasta descubrir un camino que desciende bruscamente hasta el **río Bordecorex** y que permite un rato de disfrute a casi todos. Justo en el río, junto a unas ruinas, Michel pincha la rueda trasera. Mientras unos arreglamos la avería, Marcos y Paz nos deleitan, a la sombra de los árboles, con el baile del “*Bodycua*” digno del mejor gimnasio.

El camino, bastante cerrado, llanea hasta que llegamos a la carreterita de acceso a **Alcubilla de las Peñas**. Debemos ascender por unas fuertes rampas dejando el pueblo a nuestra izquierda. Tomamos dirección al cementerio y aparecen momentos de dudas pues el camino casi pasa desapercibido en un principio. Una vez seguros y reagrupados, continuamos hasta cruzar la carretera SO-P-1260. Llaneamos suavemente entre campos de labor en dirección a unas antenas que creemos están sobre Medinaceli. Craso error. Ya empezamos a estar algo cansados y la falta de alimento se empieza a notar. Cruzamos una vía del tren, la **Cañada Real de las Merinas** y acabamos en la carretera N-111 a la altura del **Alto del Santo**. Está en obras por la construcción de una autovía y debemos atravesarla con precaución ya que tiene mucha circulación. Tras un tramo de ascenso que ya se hace duro, descendemos a **Blocona** por buena pista y rodeados de vallas de piedra en un terreno seco y sin árboles. En este pueblo volvemos a aprovisionarnos de agua. Marcos ya se impacienta y me recuerda constantemente que dije que a Medinaceli se llega en bajada, pero esta no aparece. Lejos de eso, debemos volver a ascender en dirección a un collado que se hace interminable. Empiezo a tener un hueco en el estomago, signo irrefutable de que *Monsieur Mazó* está próximo. Justo en ese momento, un corzo asciende por la ladera del monte como si nada. Ya me gustaría a mí estar igual. Al final de la subida veo a José Luis parado junto a Michel. Pedro va como yo. A los tres nos está dando el pajarón y decidimos comer algo. Michel nos da unos caramelos de glucosa, comemos una barrita energética y Pedro saca unos orejones que nos

saben a pan bendito. Afortunadamente hemos comido en el momento oportuno y nos recuperamos con rapidez.

Solo unos metros después creo ver la tan ansiada bajada. La pista desciende hasta una especie de gravera, pero frente a nosotros otra subida. Me tapo los oídos para no oír las quejas “cariñosas” de Marcos y subo lo más rápido que puedo hasta un colladito desde el que ¡Por fin bajamos!

Tomamos, durante unos metros, la carretera de acceso a **Medinaceli** situada allá en lo alto. A la izquierda sale un precioso camino en descenso bastante engravado que se les atraganta a Tere y a Paz. Bajan andando un tramo ya que cuando el cansancio ataca los reflejos se van perdiendo y al fin y al cabo estamos a punto de llegar. El camino muere en la antigua N-II junto a una gasolinera en la que aprovechamos para dar un manguerazo a las polvorientas bicis. Por fin hemos llegado. Son casi 100 km y último trecho se nos ha hecho muy largo.

César nos espera en el **Hostal Residencia Nicolás** situado en el barrio de la **estación de Medinaceli**. El casco viejo queda en lo alto de una colina a casi 3 km. Aparcamos las bicis en una habitación que nos han cedido y a descargar los bártulos. Esta noche dormiré en la habitación triple junto a Luis y Pedro. Tras la ducha aprovechamos para hacer un poco de colada aunque tengo pocas esperanzas de que la ropa se seque. La habitación es amplia a diferencia de la de Burgo, tenemos espacio donde movernos.

Poco a poco vamos llegando todos al bar del hostal. Un rato de charla con el camarero me sirven para conocer parte del recorrido de mañana y de paso me da un par de consejos que nos vendrán bien.

Estamos cansados y en un principio nadie tiene ganas de subir a Medinaceli, está muy lejos. Sin embargo, conforme nos vamos quitando la sed y el hambre, vamos cambiando de idea. Decidimos usar la furgó-patera. Tres delante y el resto detrás. El viaje es alucinante cuando se cierran las puertas y todo

queda a oscuras quedando a merced de los vaivenes que las numerosas curvas provocan. Solo podemos iluminarnos con los flashes de las cámaras de fotos.

El casco viejo de Medinaceli es espectacular mires donde mires. Está asentado sobre el primitivo núcleo romano –*Occilis*–del que quedan algunos vestigios como el arco Romano visible desde la carretera. Recorremos en grupo todas las callejas hasta la plaza Mayor y hasta la puerta musulmana. Marcos en una demostración de sus habilidades escaladoras casi se parte la rodilla –trócola-. Ya de vuelta al barrio de la estación, vamos a cenar en el *restaurante Carlos Mary* donde nos comemos una buena ración de pasta y un segundo a discreción. Hay que destacar la buena atención que nos han dado y el sentido del humor de la camarera para “aguantar” todas las ocurrencias de Marcos y Chavi.

Al final han sido 103 km realizados en 6 h 45 m y con un desnivel acumulado de unos 1012 m. Mañana más.



Descenso al río Bordecorex



Cerca de Medinaceli

Medinaceli – Molina de Aragón

Martes, 7 de julio de 2009

Puntual como todos los días, a las 6,15, el reloj de Pedro comienza a sonar. En la habitación reaccionamos como autómatas y sentados en el borde de la cama comenzamos a preguntarnos ¿qué hacemos aquí? El cansancio ya se acumula y a los músculos les cuesta reaccionar. Un par de gruñidos de desahogo y comenzamos la rutina de todos los días. Aseo, recogida de las bolsas y en silencio las introducimos en la furgoneta. Poco a poco van llegando los demás y desayunamos en el bar del hostel. La mañana es fresca y la mayoría se abrigan un poco. El camarero nos da los últimos consejos ya que el inicio de etapa ha variado por unas obras recientes.

A las 7,20 salimos por la antigua N-II buscando el desvío a **Salinas de Medinaceli**, pueblo al que llegamos por carreterita local no sin antes cruzar al otro lado del **arroyo Pradejón** por un puente desde el que vemos las salinas que dan nombre al lugar. Cruzamos la pequeña localidad y entramos en el camino de Pradejón, llano, algo vestido, pero en mejores condiciones de las que me contó el camarero. Este termina volviendo a cruzar el arroyo para devolvernos a la carreterita que accede a **Arbujuelo**, al que llegamos en pocos metros. En el pueblo, situado bajo unos peñascos, encontramos un cartel de madera que nos indica la dirección a seguir; se trata de un camino en buenas condiciones que tras atravesar una chopera se abre a los campos de labor. El día está fosco y los rayos del sol aún se esconden tras las paredes del vallecito. Este se acaba y ya adivinamos por donde deberemos subir para salir de él. En algún diario que he leído, describen este tramo de ascenso como muy duro por el estado del terreno, sin embargo nosotros subimos con facilidad y sin separarnos demasiado. Mientras lo hacemos oímos un ruido semejante a un camión e incluso avisamos a los demás de su posible presencia, sin embargo este

no aparece. Cuando llegamos al **alto del Mojonazo** descubrimos su causa; estamos ante la línea de AVE y el paso de los trenes a gran velocidad produce ese sonido. Esto también podría explicar el mejor estado de la pista ya que es de nueva construcción (vemos los restos deteriorados y perdidos del antiguo trazado). Durante el reagrupamiento pasa otra vez este elegante y veloz tren.

Después de contemplar el pequeño valle con Medinaceli al fondo, continuamos camino hasta desembocar en la carreterita que conduce a **Layna**. Pasamos bajo la línea del AVE y rodeados de campos vallados que parecen ser zonas repobladas, en poco más de cuatro kilómetros llegamos a esta población. En este pequeño pueblo nos desorientamos momentáneamente porque el camino a seguir esta muy desfigurado y sale entre dos casas. Este, en subida, poco a poco comienza a mejorar. Los rayos del sol ya nos iluminan y empezamos a tener la necesidad de quitarnos algo de ropa. Michel y Paz nos deleitan nuevamente con un estriptis “*Gildiano*” que immortalizamos con las cámaras y música de fondo.

Tere, José Luis y Marcos se han adelantado y no ven un camino bastante borrado por el que debemos continuar. El desvío tan apenas se aprecia y de no haber sido por los waypoints del GPS los demás también habríamos equivocado la dirección. A gritos y pitidos les avisamos que deben volver. El herboso camino asciende en un par de repechos hasta llegar al **alto de la Martilla** punto en el que entramos en la provincia de Guadalajara. A partir de aquí pedaleamos por una zona más llana que nos deja en la N-111. Hay bastante tráfico pero no tenemos más alternativa que continuar ascendiendo por el arcén durante un kilómetro hasta un desvío de tierra. El camino, muy agradable, lo abandonamos por otro que comienza a descender hasta cruzar el **rio Tajuña**. Nos lanzamos a toda velocidad disfrutando con sus curvas hasta llegar a una carreterita recién arreglada que conduce a Ciruelos del Pinar. Paz confiesa, riendo ante la cámara, que se ha emocionado y se le han puesto los pelos de punta al vernos descender.

Contactamos por la emisora con César que ya se encuentra en el pueblo, junto a la iglesia. En la localidad solo encontramos unas cuantas personas mayores que pasean por sus calles y unos albañiles que rehabilitan una casa. En la plaza nos reabastecemos de agua en la fuente y comemos unos grandes bocadillos de jamón preparados en el hostel donde dormimos y que nos ha traído César. Entonces vemos que hay un teleclub *(cuando apareció la tv en España, este era el único lugar donde se podía ver la televisión)*. Esta abierto y aprovechamos para tomarnos un café con leche. Quizás sea esta la única comida del día.

Salimos del pueblo por una amplia pista que asciende hasta una carretera. Cuando estamos arriba, vemos que algo ocurre en la cola del pelotón. Enciendo la radio y Michel me comunica que se la ha roto la tija del sillín y que no se ha dado un porrazo de casualidad. ¡Menos mal que le ha pasado subiendo! César, aún en el pueblo, acude rápidamente y cargan la bici en la furgoneta. Michel va a buscar donde poder reparar la avería y si lo consigue retomará el camino.

Debemos seguir la ruta por asfalto, no hay más remedio. Vemos que son carreteras recién arregladas que nos llevan hasta el **alto de Los Collados**, repleto de aerogeneradores, desde el que descendemos hasta la **Casa Blanca de Solanillas**, ahora convertida en un centro de control de incendios. Nos llama la atención que todo lo que nos rodea, a pesar de estar lleno de jóvenes matas de robledal, parece que se quemó no hace mucho - *luego en Torete, un anciano nos informará que se trata de aquel terrible incendio que en 2005 quemó 8000 Has y donde murieron once miembros de un retén de bomberos. El último pueblo que hemos pasado, Ciruelos del Pinar, debió ser desalojado.*

En este lugar retomamos el camino de tierra y comenzamos a descender por terreno pedregoso e inestable. Las chicas deben desmontar en bastantes tramos del camino pues Tere sufre una caída leve y no se sienten seguras. Pedaleamos entre los restos de los pocos pinos que no se quemaron y la imagen es algo desoladora. Queda la esperanza de ver que el monte recupera

su vida con jóvenes retoños de vegetación. El descenso acaba en un puentecito que cruza el **arroyo de la Virgen**. Dejamos la pista que baja hasta **Ablanque** y tomamos otra que asciende entre recurvas hasta llegar a una carretera. La tomamos a la derecha. Marcos insiste en ver si hay una posibilidad de ir por tierra, pero miro en el GPS y no aparece ninguna opción. En ese momento vemos como dos jabalíes adultos y un jabato cruzan la carretera. Seguimos por ella en ligero ascenso hasta **Los Pinillos**, junto a un refugio. Michel me llama por teléfono y me dice que ya están con César en el pueblo de Cobeta. Nosotros estamos a poca distancia y descendemos a toda velocidad hasta él.

Cobeta es un pequeño pueblo, a 1116 m de altura, situado en la ladera de la montaña y vigilado por una antigua torre fortificada del siglo XII y con la ladera repleta de casetas de piedra. Buscamos la iglesia –suele ser el sitio mejor para quedar ya que es lo más fácil de ver– que está situada en una plaza con fuente. Llega Michel con una nueva tija y nos cuenta que han tenido que ir hasta Molina a repararla. Buscaron un tornillo en Ciruelos pero les contestaron que allí solo están los que se trae cada uno. Preguntamos a una sorprendida y sonriente barrendera que no para de acarrear cubos de basura si hay donde tomar un café, pero nos dice que no, que está todo cerrado. Cuando pasa por cuarta vez Chavi le comenta que va a tener que cambiar las cubierta del carro con tanto trajín. Ella sonríe divertida y no dice nada.

Antes de salir, cargamos los camelbacks de agua, nada fresca, en la fuente y buscamos una supuesta pista por la que descender hasta el **río Arandilla**. No la encontramos porque está recientemente asfaltada y marcada como ruta geológica. ¡Vaya chasco!, a diferencia de otros días hoy hay demasiado asfalto. Descendemos muy rápidos por la empinada carreterita rodeados en todo momento de pinos de rodeno y grandes rocas de arenisca. Cuando el descenso acaba en el puente sobre el Arandilla y vemos la cuesta que nos espera por asfalto, tomamos una decisión. Tengo marcada una alternativa desde este punto, más larga, pero posiblemente con menor desnivel y

Michel propone seguirla, sobre todo porque se trata de una variante sobre camino de tierra.

Un cartel indica que la **ermita de la Virgen de Montesinos** está a unos tres kilómetros. La pista corre encajonada junto al barranco sin demasiado desnivel. Pedaleamos por un bosque de pino de rodeno y a cada rincón aparecen las rojas rocas de rodeno de formas imposibles. Las cámaras no paran de disparar fotografías. Luis se queda un buen rato haciendo algunos macros y decido esperarlo junto a Pedro. Los demás prosiguen la marcha. Mientras aguardamos, los tábanos empiezan a picarme sin piedad. Cuando aparece Luis pedaleamos huyendo de los insectos hasta reunirnos con los demás en la ermita. Esta, se compone de varios edificios: la ermita y un par de casas abiertas que sirven de comedor y refugio.

El origen de la ermita y su nombre vienen de la leyenda que cuenta como una pastorcilla que había perdido una vaca, se encuentra con la Virgen en este lugar. Esta le dice que va a encontrar la vaca, pero que debe ir al castillo de Alpetea del moro Montesinos, asolador de estas tierras. La Virgen le repone la mano que le faltaba (al moro) haciendo el signo de la cruz sobre ella. El se convierte y se bautiza en el lugar donde ahora está la ermita.

Arrancamos de nuevo y la pista se empina bruscamente. Comenzamos a salir del barranco y el piso es muy pedregoso haciendo que las ruedas patinen constantemente. Pedaleamos cansinamente a ritmo de platillo y con un calor que empieza a ser sofocante. El bosque de pinos aumenta esta sensación y la cuesta parece no tener fin hasta que llegamos a **Peña Redonda**. Hay numerosos desvíos y la única referencia que tengo son los waipoints que marqué durante la preparación de la ruta. De vez en cuando aparecen unas señales de madera azules que me hacen confiar en que seguimos la dirección correcta. Desde Peña Redonda el camino se hace más suave, aunque está salpicado de repechos que ponen a prueba las piernas. De esta forma, llegamos en unos dos kilómetros a la pista asfaltada que abandonamos en el puente y donde retomamos el track para

alivio personal. Debemos seguir ascendiendo por asfalto, siempre entre pinares, hasta llegar a la carreterita de **Zaorejas** y por esta hasta encontrar un camino a la derecha tres kilómetros más adelante. Unos carteles de madera medio descompuestos nos indican la dirección a Torete, nuestro siguiente objetivo y donde nos espera César.

Es una pista en muy buen estado que, aunque al principio llanea entre los pinares, luego comienza a descender en fuerte pendiente. Nos lanzamos a toda velocidad. Hoy me encuentro con facultades y seguro, así que sigo a rueda de Luis en un descenso vertiginoso hasta **Pradometal**. Aquí reagrupamos pues tengo marcada una variante que puede, no estoy seguro del todo, reducir la longitud de la etapa. Michel me dice que tome la opción que quiera, pero tras unos instantes de duda analizando la situación y viendo que la pista es divertida y César nos espera en Torete decido seguir por el camino inicial. Hemos perdido bastante tiempo con las incidencias del día, solo hemos comido un bocadillo y desde Torete aún nos quedan más de 18 km hasta Molina.

Salgo el primero a toda velocidad disfrutando de la bajada como un crío y con sensación de seguridad. Casi sin darme cuenta me adelanta el “bólico” Luis quitándome las pegatinas de mi bici. Salgo detrás de él con la seguridad que da alguien por delante que marque la trazada de la curvas, cuando al poco tiempo vemos al fondo del valle el pequeño pueblo de **Torete**. Paro un momento para hacer unas fotos y llega el resto del grupo. Descendemos ya todos juntos hasta el pueblo.

César nos espera en la plaza donde está la fuente y a la que todos acudimos. Llenamos los camelback y comemos algo de fruta fresca que trae nuestro apoyo. Sabe deliciosa después del calor que hemos pasado.

Hay pocos vecinos, pero salen ante la concentración repentina que se ha producido en el pueblo. Nos fijamos en que todas las matrículas de los coches son de fuera. Un anciano nos comenta que durante el invierno no queda casi nadie y que casi todas las casas son de veraneo. Nos propone que sigamos por el barranco

del río Gallo en dirección al río Tajo donde desemboca. Le comentamos que vamos a Molina de Aragón. Le preguntamos sobre la zona que hemos visto quemada y nos refiere lo ocurrido en el 2005.

Salimos del pueblo por una estrecha carreterita pedaleando en grupo y llevando a la derecha el **río Gallo**. He leído que forma una hoz preciosa y tengo ganas de verla. A pesar de lo que creía, tan apenas hay alguna subida en el trayecto, motivo por el cual comenzamos a imprimir un ritmo más vivo. Estamos en el **barranco de la Hoz**, rodeados de enormes paredones de arenisca que nos protegen del sol y refrescados por las aguas del río y su ribera arbolada. No en vano la zona se llama **La Umbría**.

Antes de lo que pensaba, llegamos a la **ermita de la Virgen de la Hoz**. Está enclavada en una zona algo más amplia del cañón y aparece como una sola construcción rodeada de altos “puros” de caliza roja moldeados por el agua y el viento. Una vez que entramos en ella, vemos que en realidad se trata de varias construcciones independientes que rodean la verdadera ermita. La iglesia está asentada directamente sobre la arenisca de la montaña y parte de sus muros son de roca viva. Está abierta y por una puertecita se accede a la roca donde supuestamente se apareció la Virgen.

“Ocurrió un día de aquellos años de la primavera molinesa, era cuando el horizonte de la historia se confundía con el ocaso de la leyenda; un vaquero de Ventosa, perdió una mañana una vaca de su rebaño, presto salió en su búsqueda introduciéndose en el espesor del bosque, allí, le sorprendió la noche en lo más abrupto del desfiladero, la inquietud imperó, el temor se apoderó del zagal, hasta que de pronto, de tres pequeñas apófisis que sobresalían de una gran roca surgió un gran resplandor, una luz divina que cegó sus humanos ojos e iluminó la ya adulta noche; acercóse el pastor y con gran asombro descubrió que inmóvil la res, se encontraba bajo la imagen de la Virgen, que sobre un pedestal natural quiso salir de su refugio para gozo del vaquero y suerte del entonces significado Señorío de Molina”.

Al amanecer, fue el de Ventosa a narrar lo sucedido, pero en la aldea ya conocían los hechos ya que otro pastor del pueblo, que había pernoctado cerca del sitio de los acontecimientos, vio cuanto sucedió.

Es la misma historia repetida una y mil veces en tantos sitios, como ya hemos visto en Cobeta.

Tras la visita salimos en dirección a **Ventosa**. El cañón se abre más y pronto llegamos a este pueblo en el que no entramos. Seguimos por asfalto haciendo relevos para aumentar la velocidad y preservar de la fatiga a los más cansados pues el viento sopla en contra. Aún así, se forman un par de grupos mientras a nuestra derecha aparece el **castillo de Molina** y la **torre de Aragón**.

Por fin entramos en **Molina de Aragón** guiados por Tere que de mozuela pasaba aquí los veranos. Llegamos a la plaza de San Francisco donde nos espera César y donde se encuentra el **hotel San Francisco**. Tomamos unas cervezas con unos pinchos para recuperar líquidos y saciar el hambre antes de guardar las bicis en un pequeño comedor que nos dejan en el hotel. La instalación está muy bien con amplios cuartos a pesar de ser habitaciones triples.

Tras el aseo, Luis y yo bajamos a la salita del hotel con los portátiles para cargar fotos y pasar los datos del GPS al ordenador. Durante un rato divertido repasamos los videos y las imágenes tomadas hasta el día de hoy. En la calle, Chavi intenta reparar el cambio de Paz porque le da problemas y puede acarrear un problema serio si la cadena cae sobre los radios. Después de acabar con estas obligaciones, nos vamos a recorrer la ciudad. Tere prefiere ir sola a pasear por las calles que conoció en su adolescencia. Los demás paseamos por el casco viejo. Alguien comenta que hay una fiesta o similar. Marcos, con el desparpajo que caracteriza a los de Binaced, le pregunta a un paisano por donde vienen las charangas a lo cual este responde serio: ...”Es una procesión”.

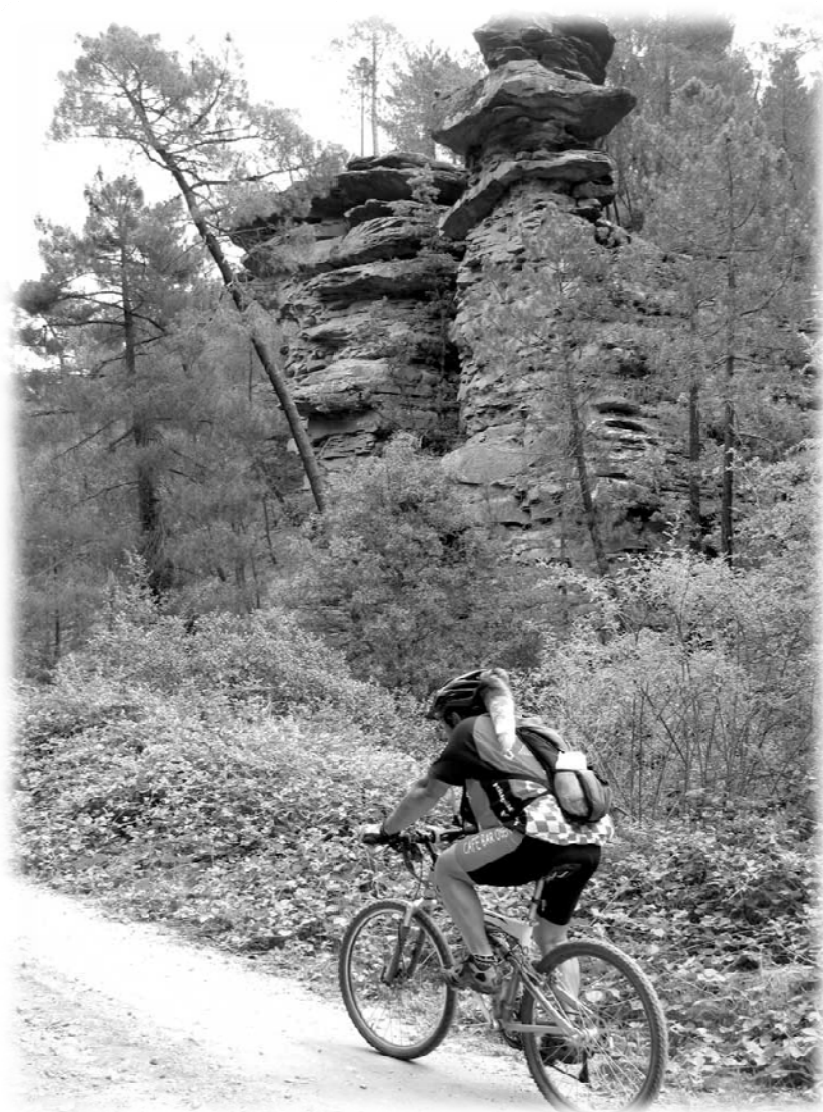
Efectivamente, todos los años, el día 7 julio por la tarde, la imagen de la *Virgen del Carmen*, escoltada por su Guardia de Honor, es trasladada en procesión desde su ermita hasta la Iglesia de Santa María la Mayor de San Gil, donde se le tributan solemnes cultos durante nueve días hasta su fiesta oficial el 16 de julio, día del Carmen.

Poco a poco se hace la hora de cenar. Un solo bocadillo para todo el día es muy poco y estamos muertos de hambre. Cenamos en el mismo comedor del hotel unos buenos platos y terminamos con el habitual jolgorio hasta que decidimos irnos a dormir.

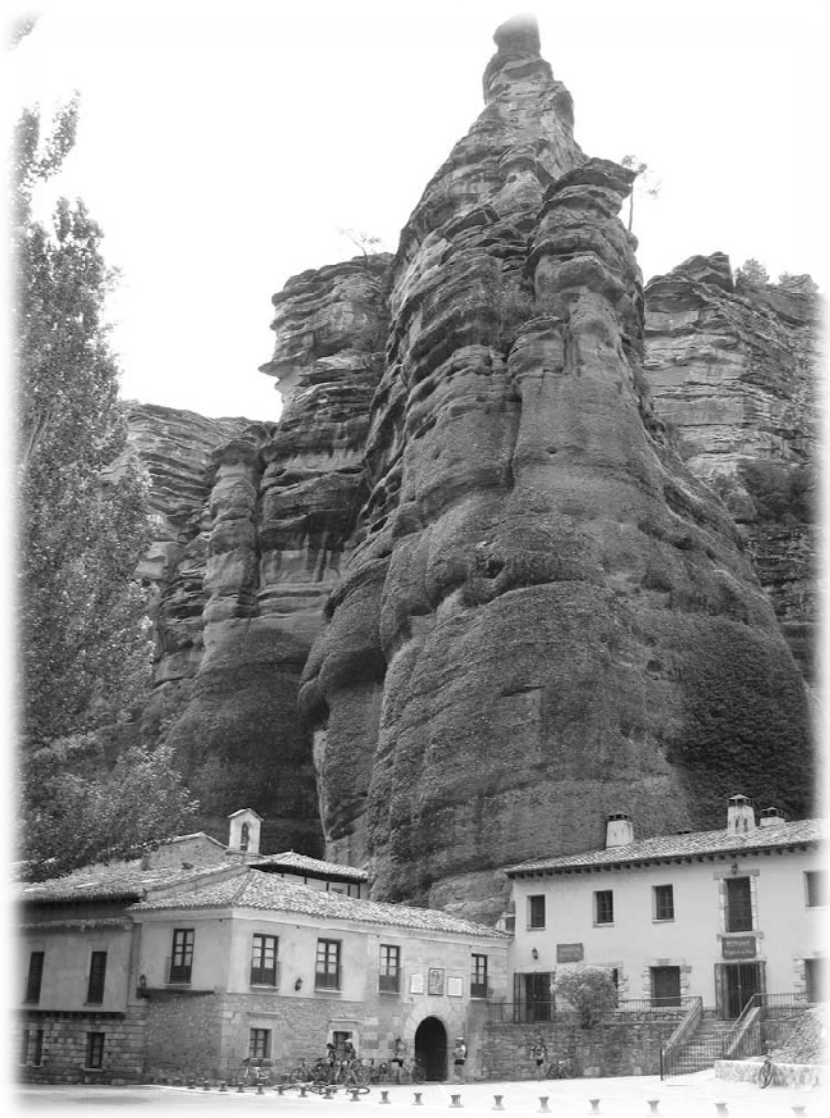
La etapa de hoy, sin ser demasiado dura en su conjunto, se ha hecho pesada en su parte media por la necesidad de rodar por asfalto. En total han sido 93 km con 1200 m de desnivel acumulado y realizada en 5 h 44 ‘.



Arbujuelo - Alto del Mojonazo



Camino de la Virgen de Montesinos



Cañón del río Gallo - Ermita de la Virgen de la Hoz

Molina de Aragón – Albarracín

Miércoles, 8 de julio de 2009

Pipipi... pipipi. No me he enterado de la noche. ¡Si parece que fue hace un momento cuando me acosté! Me levanto y miro por la ventana. El cielo está algo nublado y hace fresco. Hoy nos espera la etapa más dura y no me gustaría que una tormenta nos cogiese en plena sierra. Desayunamos en el bar del hotel y salimos a las 7,20, bien abrigados, para cruzar **Molina de Aragón** hasta encontrar el camino de Molina a Alustante. Recorremos gran parte del pueblo hasta que por fin encontramos la pista de tierra que pasa junto a unas perreras en pésimas condiciones.

El sol es tenue, demasiado y al volver la vista, vemos el **castillo de Molina** y la ciudad cubiertas de nubes poco amistosas. La pista por la que rodamos es amplia, rodeada de cereal seco sin cosechar y alguna zona más verde de girasol. Esta asciende ligeramente hasta un pequeño alto para luego llanear. En un cruce, frente a unas naves, giramos 90° y tomamos un camino peor que desciende hasta la carreterita de **Castilnuevo**, justo a la entrada del pueblo. Este crece en torno al castillo que da nombre al pueblo y que fue construido en el siglo XII. Aquí, lugar que don Miguel de Cervantes conoció personalmente, pueden identificarse plenamente las diversas peripecias que ocurren en pasajes de El Quijote y en el referido a la aventura de la Insula en el Castillo de los Duques.

Dejamos atrás el pueblo y tras una ligera cuesta se abre ante nosotros una larga pista de algo más de seis kilómetros en ligero ascenso y rodeada de campos donde se alternan los ya labrados con otros de cereal. Es el camino de **Torremochuela**. Llegamos hasta este pueblo en varios pelotones y César nos confirma que está junto a la iglesia. Reagrupamos y mientras descansamos un ratito, Tere encuentra un viejo paraguas con el

que se pasea montada en la bici de forma inestable. Como no puede frenar bien, lo resuelve de su forma habitual; tira la bici al suelo, pero ella, con una elegancia indiscutible, continúa con la sombrilla en la mano. ¡Para haberse “matao”!

Del pueblo sale un camino que atraviesa una zona enlosada y asciende rápidamente en dirección a un bosque de carrascas. El firme es pedregoso pero se trepa fácilmente por él a ritmo de platillo. De vez en cuando deja algún respiro, pero rápidamente vuelve a ascender. Al final llegamos a una zona conocida como **La Segoviana** y el camino se hace más llano. Nos quitamos la ropa de abrigo.

Estamos en los **Montes de Picaza** y aparentemente estamos pedaleando por su cordal. A medio camino nos encontramos a un abuelo con su perra *Carmencita* que le acompaña en su recorrido con la bici. La perrilla nos mira asustada y no se aleja de su dueño que durante unos minutos habla con nosotros. Es buen conocedor de la zona y nos da unas cuantas indicaciones. Seguimos adelante y en una zona donde hay varios desvíos y decidimos reagrupar, el yayo nos adelanta. Reanudamos la marcha y al cabo de unos minutos veo al abuelo jadeando al lado del camino y poniendo piedras en el suelo.

-¿Qué le pasa? - Le pregunto.

-Nada hijo, que os he dado mal las indicaciones y me he adelantado a poner unas marcas para que no os perdáis. -me contesta jadeando.

-Muchas gracias, no se tenía que molestar, llevamos GPS -le digo.

-Ah - contesta con cara de asombro.

Nos despedimos del amable abuelo y pocos metros más adelante veo una flecha en el suelo hecha con piedrecitas. Luego dirán que no hay gente buena. Lo que más me duele es que nuestro recorrido va por otro lugar y se podía haber ahorrado el tremendo esfuerzo. En este mismo punto tengo marcada una variante para llegar al pueblo de Traid sin tocar asfalto. La pista

de buena calidad, desciende ahora de forma rápida hasta llegar a la **ermita de Santa Lucía**. Se supone que aquí hay una fuente, pero se encuentra un poco más adelante. Reagrupamos de nuevo –será una constante en el día de hoy porque hay multitud de caminos que nos pueden despistar y GPS solo lo llevamos Michel y yo- y en subida nos acercamos hasta el pueblo de **Traid**. Es muy pequeño y tan apenas hay unas cuantas casas. Salimos por su carretera de acceso hasta encontrar una pista en muy buenas condiciones –como casi todas las de la zona que recorreremos hoy- que nos lleva en dirección a la sierra y sus bosques de pino. Tras un pequeño error que subsanamos con rapidez encontramos el camino correcto. Este asciende hasta un pequeño collado desde el que descendemos a buena velocidad hasta un pequeño vallecito donde un pequeño puente nos permite cruzar el **barranco Valfrío**. Esperamos aquí a que lleguen Luis y José Luis que son los últimos. Luis para casi en seco y José Luis, al hacer su ya clásica parada con derrapaje, se lo come literalmente. Choca con él rebotando y durante unos instantes que se hacen eternos, titubea en el aire hasta darse de bruces con el suelo, faltando escasos centímetros para caerse por el puentecito. Tras el susto, las risas y el cachondeo imaginándolo con la cabeza en el agua y los pies agitándose en el aire. Él, como de costumbre, ni se inmuta.

Dejamos la pista buena y tomamos un desvío que pronto cambia de dirección y al cabo de un rato acaba en un campo. ¡Ya empezamos! Sin dudarlo cruzamos en línea recta y en 200 m aparece una senda que seguimos. Poco a poco, esta se convierte en camino y comienza una penosa pero corta ascensión que casi hace que caigamos de espalda en algunos momentos. Mientras reposamos y reagrupamos Tere y Marcos, el jabalí de Binaced, hacen unos estiramientos empleando a Pedro como apoyo improvisado.

El camino se hace cada vez mejor y llanea rodeando el **cerro del Horcajo** hasta llegar a la **ermita de Santa Ana**. Aquí salimos a la carretera de acceso a Alcoroches y llegamos hasta el pueblo en algo menos de un kilómetro.

Alcoroches es un pueblo algo más grande y de mayor entidad. En la calle principal están los vendedores ambulantes de frutas. Chavi se acerca hasta allí para comprar algo de fruta. Los demás le comentamos a César que antes de salir también compre alguna. Buscamos un bar y encontramos el **bar Rodeo**. Le preguntamos si tienen bocadillos y rápidamente nos preparan unos bien grandes de queso con anchoas. Esto junto a la cerveza que tomamos en cantidad y algunos refrescos, ayudan a recuperar fuerzas. Pedro y yo, hablamos con el dueño que nos da explicaciones de por donde debemos seguir la ruta. A pesar de llevar el track, nunca viene mal una alternativa mejor o algún consejo de experto.

Salimos del pueblo por un buen camino que pasa junto a una plaza de toros. Ascendemos ligeramente hasta llegar a una balsa donde abandonamos el camino por otro algo peor que llanea por terreno despejado, dejando a la izquierda los campos de labor del vallecito. Las vacas pastan tranquilas en el prado y un buen número de rapaces nos sobrevuelan. El grupo va algo disperso y una cleta que debemos atravesar sirve como punto de reunión. Pronto desembocamos en una buena pista que sube hacia la sierra, pero a pocos metros y tras una corta subida la dejamos junto a un merendero. ¡No me quiero imaginar lo que disfrutaría durante una semanita pedaleando por todos estos caminos y recorriendo sus rincones!

La pista, tras una fuerte bajada llega a una zona donde el track me lleva campo a través hacia el bosque. No veo, ni camino, ni paso para atravesar la zona. Michel se adelanta y me avisa por radio que ha encontrado el posible camino. Llegamos hasta allí y tomamos una mala pista que asciende por el bosque. Esto pasa cuando, por acortar algo, decidimos cruzar zonas que pueden no ser ciclables durante todo el año.

La pista hace una revuelta y llanea hasta desembocar, al cabo de un rato, en una mejor que también asciende a la sierra. El camino desciende y a lo lejos vemos un pueblo. Creemos que es Orihuela del Tremedal, pero al poco el track nos hace girar a la

derecha. Consultamos el GPS aumentando el zoom y resulta ser Alustante. ¡Bueno, un fallo lo tiene cualquiera!

El nuevo camino desciende, pero en una curva, se empina de forma considerable y es que vamos a ascender a la cota más alta del Camino del Cid. Tras el repecho inicial, el desnivel se suaviza y sin dejar de subir nos introducimos en un valle boscoso del que todavía no vemos su salida. En la ascensión veo un gran ciervo que sigilosamente escapa de nosotros. Por fin alcanzamos la cota más alta a 1466 m, justo en el límite provincial entre Guadalajara y Teruel.

La pista llanea un poco durante unos metros hasta una zona, junto a unas construcciones de piedra arruinadas, en las que empieza una bajada terrible y descarnada. Descendemos lentamente y en algunos puntos debemos apearnos de la bici por unos agujeros hechos en el suelo por donde mana agua, posiblemente para captar el agua para el ganado. No en vano la zona se llama **Valdefuentes**.

Tras el último y más profundo pozo, la pista se convierte en “autopista”. Descendemos a gran velocidad hasta un abrevadero para el ganado donde los menos escrupulosos o sedientos rellenan el camelback. Continuamos por una zona más llana y pronto descendemos a **Orihuela del Tremedal**, población de mayor entidad que recorreremos en descenso pasando por la impresionante **iglesia de San Millán**. Son las 2,30 h y entramos en un bar del centro del pueblo después de que en un restaurante no nos hayan querido atender. Siempre hay a quien le sobra el dinero. Unos bocadillos de tortilla con jamón, alguno de chorizo de ciervo y cerveza con un café, nos recargan de energía.

Una hora después y con pocas ganas de pedalear –Michel se acuesta en el primer banco que ve–, salimos por la carreta A-1511, pero que abandonamos a los pocos metros por una pista marcada como GR10 con indicador a Bronchales y Monterde. El camino se bifurca y siguiendo las señales de GR10, este se transforma en una recta en dirección sureste sin grandes desniveles entre campos de labor y zonas de pasto, pero que lo

hacen un poco rompepiernas. Pedro tira del grupo con fuerza inusitada. Empezamos a sospechar que el chorizo que se ha comido era de ciervo dopado.

Hay escasa vegetación en contraste con el trayecto recorrido hasta ahora. Las nubes se hacen más grandes y la hora del día indica que puede acabar en tormenta. Debemos acelerar el ritmo por si acaso, pero el cansancio comienza a hacer mella.

Tras una última subida, llegamos a **Bronchales**. Toda esta zona la recorrimos hace trece años con Luis, pero no recuerdo bien por donde pasamos, entonces no teníamos mas GPS que el instinto pueblerino y los mapas eran escasos. El grupo ya busca las sombras y alguna pared de las casas para sentarse a descansar un poco. La hora, son las cuatro de la tarde, el desnivel acumulado y el calor, incitan a una siesta reparadora, pero debemos continuar porque el tramo hasta Torres de Albarracín no sabemos qué sorpresas nos deparará.

Tomamos el camino de Albarracín que pronto se divide en dos. Unas señales en postes de madera marcan el mismo destino por ambos. Elegimos el que tiene mejor piso. Tras una breve subida para salir de un pinar, el desnivel se torna suave y el paisaje aparece abierto pedaleando nuevamente por zonas de pasto y alguna parcela en repoblación. Continuas subidas y bajadas nos llevan hasta el **caseto del Palancar**, posiblemente un refugio para el ganado.

Poco a poco no introducimos en una zona más boscosa donde el camino se divide en dos. Nuevamente hemos de elegir y ayudados por el GPS tomamos dirección hacia **el Berrocal**. Nos introducimos en el bosque de pinos y seguimos una pista que a duras penas mantiene la curva de nivel, no sin aparecer en determinados puntos unas fuertes subidas compensadas pronto con unas largas bajadas. A medio camino paramos a ver una zona conocida como el **río de Piedra**. Son rocas menudas producidas por el hielo que las rompe y el agua, en época de deshielo, corre bajo ellas sin dejarse ver.

Llegamos, por fin, a otro punto importante del camino. Unos carteles nos indican que por la izquierda se llega a Albarracín siguiendo la GR10 y por el otro -PR-TE4- a Torres de Albarracín. Tenemos ganas de llegar cuanto antes y surge la duda. Por Torres tenemos el track y los waipoints, por el de la izquierda, la aventura. Aunque ambos son caminos buenos la GR es para senderistas y nos preocupa que en algún punto indeterminado la pista desaparezca, nos toque patear el monte y ya no son horas. Además Chavi está algo afectado por el calor y no va fino, hace rato que no se le oye bromear.

Aceptada por todos la idea, salimos hacia Torres con nuestra vista puesta en un collado próximo. Un fuerte repecho nos deja en lo alto, justo en lo que parece ser un cortafuego. Ya estamos en la otra vertiente y buscamos ansiosos el campanario de la iglesia del pueblo. Este no se ve y ante nosotros solo aparece un profundo valle. Tengo marcada una alternativa fuera del track original para llegar mejor a Torres, así que me adelanto para buscar el desvío. Cuando lo encuentro, veo que se trata de una pista que desciende al fondo del valle. Me surgen dudas. La opción es rodear el **pico Hoyuelas** (1668 m) por su derecha como indica el track o por la izquierda como propongo. Al final tomamos la alternativa y comienza con una bajada bastante fuerte, pero corta, con el terreno algo suelto, pero que luego se suaviza. Tere y Paz bajan andando y los demás las esperamos en la parte más suave. Confío en que la pista llanee hasta el pueblo, pero lejos de esto aparece una fuerte y corta subida. No sé porque, pero los oídos me pitan un poco; me imagino a los demás echándome maldiciones para sus adentros.

Por fin alcanzamos **El Collado** (1498 m) y comienza el descenso. Bajamos a gran velocidad, pero me paro en un desvío que debemos evitar porque desciende a unos campos próximos. Ya todos reunidos, retomamos el descenso junto al barranco, ya sin pausa, aunque con cuidado porque el suelo está con mucha piedrecilla. A tramos la inclinación es menor y podemos relajar las manos y el cuello. La pista mejora por momentos y cruzamos entre un rebaño de ovejas mientras saludamos al pastor que no nos hace demasiado caso. Al rodear una zona

conocida como **la Morona** divisamos **Torres de Albarracín** (1236 m) al fondo del vallecito. Cruzamos el pueblo sin detenernos y llegamos a la carretera de acceso a este. Son las 5,45 y ahora nos queda descender hasta Albarracín por carretera. Reagrupamos y salimos juntos. Michel y yo, observamos un camino que corre paralelo a nosotros entre campos y junto al **río Guadalaviar**. Lo comentamos y a la primera oportunidad que tenemos, nos introducimos en él. Marcos nos acompaña y el resto siguen por la carretera paralelos a nosotros. El camino está bien, pero se ve que es fácilmente inundable. Este acaba y vuelve a la carreta cuando llegamos a un estrecho del río. A partir de aquí por asfalto, aunque tengo una pequeña alternativa que tras comentarla con los demás desechamos. Empieza a ser tarde y todos queremos llegar pronto a Albarracín.

Como el desnivel ayuda, Luis ataca fuerte, es su terreno y Marcos y yo salimos tras de él. Comienza una carrera contrarreloj de varios kilómetros hasta **Albarracín**, acompañados en todo momento por el precioso río Guadalaviar y sin apenas tráfico. Cuando llegamos al pueblo y antes de cruzar el túnel que lo atraviesa, nos reagrupamos todos. A la izquierda, en lo alto del pueblo, veo la casa de turismo rural donde nos alojamos hace trece años con Luis, vaya cambio, seguro que ahora no cuesta mil pesetas pasar la noche como entonces. Juntos cruzamos el túnel y solo salir de él vemos la furgoneta y a César cámara en ristre.

El **hotel Olimpia** está a pie de carretera y se trata de una casa rehabilitada de forma preciosa como todo el pueblo. Subimos las bicis hasta el cuarto de calderas, lugar que nos han reservado para esconderlas. Repartimos las habitaciones de 2, 3 y 4 plazas. Me toca la de cuatro, así que dormiré con Pedro, Luis y Jesús.

Una buena ducha y a recorrer el pueblo. Afortunadamente para mí, es la tercera vez que lo visito y no deja de sorprenderme. Michel, que estuvo aquí durante Semana Santa y lo tiene todo más fresco, hace de improvisado guía explicándonos la historia

de cada casa y de su construcción. Los demás vamos inmortalizando cada rincón con la cámara.

Todos se adelantan y César que se queda atrás conmigo, me hace una señal con los ojos. Me indica una pequeña tienda de regalos y cuando miro por la puerta, adivino su idea. Entro a comprar unas espadas de madera que escondo en mi espalda. El resto del grupo está jugando a hacer figuras con la sombra de las manos en una pared mientras Luis las fotografía. Cuando todos estamos juntos y viendo que tenemos como fondo la fortaleza de Albarracín, pedimos a las chicas que se arrodillen. Sorprendidas obedecen, aunque Tere lo hace a regañadientes ante las risas de todos. En ese momento emotivo y con la complicidad de los demás, se produce el nombramiento oficial de ambas como Caballeras del Cid:

–“Por el poder que me otorgan mis compañeros y yo mismo, os nombro Caballeras del Cid” – clamo, mientras impongo la espada en cada uno de sus hombros.

Ellas las aceptan a pesar del susto que se da Tere cuando ve la espada sobre su cabeza y sin poder dejar de reír. Unos abrazos y las carcajadas de todos dan por terminada la ceremonia. De todo esto queda constancia gráfica para quien lo ponga en duda.

Ya más serenos y con las espadas enfundadas, continuamos el recorrido por el pueblo hasta las 9 de la tarde, hora en la que hemos quedado para cenar. Una buena ración de pasta y unos buenos segundos platos nos permiten disfrutar de una cena divertida, como todos los días, hasta la hora de retirarse.

Hemos pasado la etapa más dura, a priori, y me siento muy relajado porque le tenía bastante respeto. Me invade la sensación de que la ruta se me hace muy corta, que acaba y eso es muy peligroso porque la sorpresa siempre está a la vuelta de la esquina.

Mientras unos se retiran a dormir, la mayoría quedamos para tomar un trago. Es tarde, por eso subo a la habitación a descargar los archivos rápidamente y unirme al grupo. Sentados en una terraza junto a la carrera y con el fresco del Guadalaviar, pasamos un buen rato riendo y recordando lo ocurrido hasta el día de hoy. También felicitamos a Marcos, son más de las doce de la noche, así que es su cumpleaños. Cuando vuelvo a la habitación, Luis me dice medio dormido “se os oía desde aquí”.

Al final la etapa de hoy ha quedado en 88 km, 1531 m de desnivel acumulado y 6,36 h de pedaleo efectivo. Durante todo el día nos hemos estado manteniendo en torno a las 1400 m de altura con pequeñas oscilaciones al inicio y final del trayecto.



Sierra de Albarracín



Llamador - Albarracín

Albarracín – Barracas

Jueves, 9 de julio de 2009

Ayer nos acostamos más tarde de lo habitual, dormir menos de cinco horas después de la paliza que llevamos acumulada pasa factura. Casi no me puedo levantar, es más, no quiero. Bueno, vale... los demás ya echan pie al suelo. Jesús lleva más de una hora dando vueltas por la habitación removiendo Roma con Santiago. Miro por la pequeña ventana y veo poca luz además de sentir una terrible humedad. Estamos junto al río a más de 1100 m de altitud y hace algo de fresco.

Pronto recogemos nuestros enseres y los bajamos a la furgoneta. Con cara de pocos amigos y con los ojos medio cerrados, vamos preparando las bicicletas para la salida, ordenándolas sobre las escaleras del hotel a modo de exposición. Como se caiga la primera, las demás seguirán su misma suerte. No sé porque hoy tengo malas sensaciones, ese sexto sentido que todos tenemos me hace pensar, no en vano nos espera la etapa más larga con un principio malo, según he leído en la red.

Como todos los días, pero sin ser intencionado, salimos a pedalear sobre las 7,20. Como de costumbre a la hora en que nos levantamos no hay ningún bar abierto. El más próximo que conozco es en Gea de Albarracín, allí probaremos suerte.

Cruzamos el puente sobre el Guadalaviar y nos dirigimos al **arrabal de Santa Bárbara** donde debemos encontrar un mal camino –antiguo camino de Albarracín a Gea- que nos permita salvar el primer escollo del día. Solo arrancar ya vemos que el camino está muy estropeado y escasamente nos permite pedalear unos cientos de metros cuando debemos desmontar. Dejamos atrás **Albarracín** que está precioso cuando los primeros rayos de luz iluminan sus murallas en contraste con la oscuridad de la población. Es que subir andando permite fijarse en muchas cosas. Siempre que el terreno lo permite

intentamos subir en la bici, pero a la postre son tramos cortos y difíciles que solo sirven para darnos un buen sofocón. Al cabo de un rato algunos ya retomamos la bici y conseguimos pedalear algo más. Marcos se adelanta un poco y nos espera en un desvío a partir del cual difícilmente nos mantenemos montados. Tenemos que ascender al **Alto de las Quebradas** desde donde confiamos en que mejore el camino. Esta no es la mejor forma de comenzar una etapa, pero desde Albarracín solo queda esta solución o seguir las dos carreteras que de él parten. Nos ha costado una hora hacer este pequeño tramo y nos quedan 105 km.

Desde el **Alto del Cerro** las cosas solo mejoran un poco, pero poco. A tramos, el camino nos permite ir montados y en otras ocasiones se transforma en una trialera entre piedras inestables con algún salto en medio. Cada uno las pasa lo mejor que puede, pero por lo menos ahora o llaneamos o descendemos. Tras cruzar el **barranco de Don Antonio Morenos** llega una bajada peligrosa, más por el estado del suelo que por su desnivel –aunque es considerable-. Voy el primero y comienzo a bajar. La bici se va para todas partes y suelto los pedales automáticos. Controlo como puedo y consigo ir descendiendo sin caerme. Una raíz tramposa en el suelo hace que mi bici se vaya de atrás, pero hoy no tengo destinado caerme y controlo la situación. Por fin se acaba y espero a los demás. Solo Marcos desciende montado y se da un susto semejante al mío en la misma raíz. Mi ego sube un par de puntos –en mi fuero interno me estoy vengando de mi ridículo en una excursión a las Bardenas- y mi confianza también. Lo siento por Tere y Paz porque les hemos dado un comienzo de órdago.

Reagrupamos un momento y volvemos a subir un poco. Después otra fuerte bajada en la que esta vez, sí, desmonto en algún punto -confianza la justa- para retomar la bici hasta un pequeño puente que cruza el **barranco del Comedor** que nos acompaña desde hace un rato.

Cambiamos de término municipal y cosas de los pueblos, estos sí que mantienen el camino que aparece espléndido ante

nosotros. Ahora podemos rodar juntos con velocidad a pesar de que aparecen un par de fuertes rampas. Al camino se le unen por la derecha todas las pistas que descienden del bosque de Rodeno que tan bien conocimos con mi amigo Luis.

Ya tenemos **Gea de Albarracín** a nuestros pies. Entramos en el pueblo cruzando de nuevo el **río Guadalaviar** y buscando un bar aunque en última instancia decido acercarme al que ya conozco. Es el bar restaurante Soguero donde César nos espera. En este lugar, hace trece años, Luis y yo nos comíamos unas buenas cigalas casi a diario. Esta vez el trato es peor, están abriendo y de mala gana nos sirven unos cafés con leche con tostadas y bollería. Quizás ya no son los mismos dueños porque estos son más jóvenes. Nos ha costado más de hora y media hacer diez kilómetros.

Salimos del pueblo cruzándolo por el centro y dejando a la izquierda la **iglesia de San Bernardo**, la **ermita de San Roque** y a la derecha el **convento del Carmen**. Cuando la calle acaba se transforma en pista que corre a la izquierda del río con su soto repleto de chopos. Algunos de ellos aparecen partidos por la mitad como si los hubiera tronzado el viento. Unos vecinos los están talando. Llaneamos durante un buen rato hasta llegar a una bifurcación, justo en la **rambla de la Teja**. Nosotros debemos ascender penosamente por la llamada **cuesta de Teruel** –este nombre le va como anillo al dedo– hasta una meseta desde la que, si volvemos la vista, divisamos Gea, el soto del río, parte de la sierra de Gea y el camino recorrido hasta aquí.

Creo que ya no queda nada más que subir y rodamos por esta planicie con relativa velocidad en la que aparece de vez en cuando una paridera y cruzando caminos perpendiculares que llevan a Cella y Caudé. Este buen camino acaba desembocando en asfalto junto a una gravera. Nos detenemos un buen rato para observar como una gigantesca máquina tritura la piedra en diversas texturas creando varios montones según su tamaño.

Desde la carreterita vemos a la derecha la **presa del Arquillo** de San Blas. El track nos saca de ella y atravesando unos

montones anárquicos de grava retomamos un camino que desciende hasta el **barrio de San Blas**. Reagrupamos para cruzar la carretera cuando José Luis nos da un susto de muerte al cruzarla sin mirar o eso nos parece. Él inmutable, nos mira con extrañeza. A Tere casi le da un infarto. Justo en ese momento Paz cae de la bici sin consecuencias para ella, pero no para su bici a la que se le dobla la maneta del freno al chocar con el bordillo. Bajo el sol que ya aprieta bastante, Chavi intenta repararla de una y mil maneras, pero le es imposible. Llamamos a César para que la venga a recoger y tarda bastante porque no nos encuentra. Cuando llega y entramos la bici en el coche a Paz le falta poquito para romper a llorar. Ahora irán los dos a ver si encuentran una tienda de bicis donde reparar el desperfecto, pero con la amenaza de que en Teruel son fiestas.

Los demás seguimos camino –camino bajo de San Blas- por un laberinto de ramales que solo el GPS nos ayuda a sortear. Tere pincha y los de delante, sin darnos cuenta, nos separamos demasiado. Usando la emisora aclaramos la situación y esperamos junto a una acequia a la sombra de un árbol. Ahora lamento el haber dejado en Huesca mi otra bici ya que en la furgoneta hay sitio de sobras. Solo sería cuestión de reorganizar las monturas. Que si Paz usa la de Pedro y este la de repuesto, que si... vamos especulando entre nosotros sin darnos cuenta que no hay otra bici. Ya de nada sirve el “si hubiéramos...”

Cuando llegan, retomamos el camino para entrar en **Teruel**. El track que llevo está hecho en dirección contraria lo que hace que durante un buen rato circulemos por calles prohibidas hasta que encontramos un bar con veladores donde damos cuenta de unos buenos bocadillos y unas jarras de cerveza –y coca cola, que no me olvido de los abstemios-.

Llamamos a César y a Paz que acuden enseguida. Las tiendas en las que han mirado están cerradas y solo les han dado una dirección donde arreglan motos. Es nuestra última esperanza.

Dejamos a los dos en la terraza del bar y a instancias de Chavi, partimos hasta la **plaza del Torico** para hacernos una foto. Un viandante nos hace varias cuando nos damos cuenta que unos

negros nubarrones de tormenta se acercan a la ciudad por el norte. Preguntamos a una persona que resulta ser ciclista, la manera más fácil de encontrar la vía verde de Ojos Negros que nos debe conducir hasta Barracas.

Nos explica el recorrido que en buena parte coincide con los waipoints y cuando se despide nos dice: *“correr u os vais a mojar”*. Nosotros ya vemos las negras nubes, pero nos queda la esperanza al ver que hacia el sur brilla el sol.

Cruzamos el famoso viaducto y seguimos por grandes avenidas teniendo como referencia a las ferias, un centro comercial y **Dinópolis** situados en el **barrio de la Fuenfresca**. Allí tomamos la antigua N-234 –como vemos es la carretera de referencia en esta ruta- y nos damos cuenta que a la izquierda corre paralela una pista. Como el asfalto no nos gusta, saltamos los quitamiedos y pasamos a la tierra. Ya circulamos sobre el track y respiro aliviado. Por poco rato. Las nubes amenazantes se hacen cada vez más grandes, más negras y vienen hacia nosotros sin atreverse a rebasarnos, pedaleamos en su límite exacto. La conversación se transforma en una tertulia de “expertos” meteorólogos en la que cada cual intenta alejar sus miedos.

El camino se separa por fin de la carretera y en ligera subida nos lleva a un pequeño alto desde el que descendemos a una carreterita asfaltada y sin apenas tráfico, justo en un barranco seco. Ahora debemos subir por una zona arbolada mientras el cielo se oscurece cada vez más. Pasamos junto a un cartel de zona inundable al que nadie hace caso. A nuestra derecha llevamos un riachuelo sin apenas agua.

De repente y sin previo aviso, comienzan a caer unas gotas de gran tamaño. Por suerte estamos en un paraje llamado **Fuente Cerrada** junto a un merendero con templete que protegen pequeñas mesas circulares con unos banquitos de piedra. Nos separamos en dos grupos para estar más cómodos esperando que sea una tormenta de verano sin más importancia. Junto a nosotros una familia está comiendo unas tortillas. Cuando aumenta la lluvia, el padre de la familia coge el coche que tiene

al lado, monta a los críos y sale disparado dejando a dos mujeres bajo el templete.

Los compañeros que están en el templete más cercano a la carretera no dicen que vayamos con ellos. Así lo hacemos todos menos Jesús que se queda junto a su bici.

Ya los ocho reunidos y las bicis algo protegidas comenzamos a reírnos y a hacer chanzas de la situación, esperando que sea momentánea, mientras permanecemos sentados. Nada de eso. La lluvia arrecia sobremanera y las gotas de agua se transforman en pedrisco; primero pequeño, pero que aumenta de tamaño hasta hacerse del tamaño de una pelota de golf, incluso alguno más grande. Sacamos los chubasqueros, manguitos y alguna térmica para resguardarnos del agua y del frío. Intentamos proteger las bicis de semejante bombardeo y nos damos cuentas que el agua comienza a correr bajo nuestros pies. Un pivote metálico de algo más de medio metro que tenemos frente a nosotros, nos sirve de referencia. La pedregada aumenta y aumenta y trozos de hojas comienzan a caer sobre el suelo. El agua sigue subiendo y las risas y chistes empiezan a ser una terapia para lo que pensamos por dentro.

-*“Agua al panizo”* grita alguien detrás de mí.

Las cámaras comienzan a trabajar para inmortalizar el momento, pero ya nos entra agua y piedra hasta por el respiradero del templete. El agua continua subiendo de nivel y el pivote de metal casi ha desaparecido. Llega a la altura de nuestras bicis pero nos da igual. A gritos, Chavi le pregunta a Jesús si se encuentra bien, pero con el ruido no se le oye responder.

Las dos mujeres que tenemos en templete próximo se están asustando cada vez más.

“No nos dejéis aquí, acordaros de nosotras” –gritan suplicantes.

“Si nos pasáis la tortilla” – contestamos.

Agua y viento arrastran unos cubos de basura que solo se mantienen en su sitio por las cadenas que los atan a los árboles. En poco rato la zona no inundada esta blanca, como si hubiera nevado. El nivel del agua hace que no podamos estar sobre los asientos y debemos subirnos en la mesa, juntitos los ocho. Intentamos conectar con el coche de apoyo a través del móvil, pero los repetidores están caídos, comenta Michel. Sin embargo con el de Tere y con el mío si podemos hablar con ellos. Les ha cogido la tormenta en una gasolinera.

Pedro y Chavi no llevan chubasquero y se están helando de frío aunque no lo quieren reconocer. Luis y yo nos apretujamos para darnos calor mientras la mochila nos protege de las piedras que entran por el hueco e instamos a los demás a que hagan lo mismo.

Por fin y poco a poco la piedra desaparece y la lluvia pierde intensidad. El nivel del agua desciende y solo quedan montones de pedrisco de más de un palmo de altura. En cuanto podemos saltamos entre el agua y subimos a la carretera. Un conductor con su BMW llega en ese momento. Viene a buscar a su familia que está en un bar al otro lado del barranco y que es imposible cruzar debido a la fuerza del agua. Nos cuenta que aún le tiemblan las piernas al ver como su coche se deslizaba al cruzar un vado sobre el cauce que antes vimos seco. También la policía local intenta atravesar el barranco, pero con buen criterio lo evita.

Llamamos a César y a Paz por la emisora para que vengan a buscarnos. La emisora se oye mal y nos comenta que la policía no deja pasar coches ya que la carretera que llega hasta aquí está inundada. Al cabo de un rato comienzan a llegar coches y una mujer baja de uno de ellos. Viene desde La Puebla de Valverde a buscar a sus hijos que están en una fiesta al otro lado del barranco. Ha debido salir tan rápido de casa que lleva zapatos de tacones. Por fin César nos contesta que va a intentar pasar.

Aprovechando que llueve menos, cogemos las bicis y nos dirigimos a la entrada de un campo de tiro donde unos porches

nos protegerán más en caso de repetirse la tormenta. Como estamos algo helados, decidimos movernos un poco y con Tere comienzo a jugar al “*tú la llevas*” corriendo de un lado para otro entre los pilares del recinto. El método es eficaz y entramos en calor.

En esos momentos llegan César y Paz. Le hacemos confesar a Paz que no ha sido ella la causante de esto haciendo vudú. Nos la imaginamos metiendo muñequitos dentro de su coca cola para hechizarnos. Luis saca una manta de la furgoneta y nos la vamos pasando para entrar en calor. Jesús que ya está con nosotros tiritando de frío.

Entre todos y aprovechando un rato que llueve menos, cargamos las bicis en la furgoneta. Lo que el primer día nos costó dos horas discurriendo ahora lo hacemos en dos minutos. ¡La necesidad agudiza el ingenio! Decido no volver a calificar a nuestra furgoneta como furgo-patera pues hoy nos está sacando de un buen apuro.

En viajes y de dos en dos, vamos hasta un centro comercial a las afueras de Teruel. Los que bajan primero, creo que Michel y Chavi, deben contactar con un taxi para poder llegar hasta Barracas, puesto que allí tenemos habitaciones y en Teruel son fiestas. También aparece por allí un coche de **Solobici Teruel** y les pedimos si por favor pueden llevar a dos de nosotros a lo que acceden gustosos.

Luis y yo nos quedamos los últimos –nos van estas situaciones, sobre todo si acaban bien, je, je- y aprovechamos para filmar imágenes del barranco desbordado y descender por la carretera al encuentro de César. Una vez que nos recoge nos reunimos todos en el centro comercial donde tomamos un café con leche calentito y reparador. Nos confirman que ya viene un taxi para aquí. Es una furgoneta de ocho plazas.

Le comento a Michel que me siento orgulloso de todos por la reacción que hemos tenido y de la rapidez con que hemos solucionado el problema. En muchas ocasiones esto es mucho

más importante y dice más de cada uno que el estar fuertes para pedalear durante horas.

Es el momento de disfrutar, reírnos de todo lo que ha pasado y liberar la tensión acumulada. Marcos nos deleita con su baile a lo Michael Jackson y su nuevo casco de frontal vanguardista. Ahora el sol de tormenta pica y cuesta estar bajo él.

Michel y Chavi se adelantan con César para descargar las bicis en Barracas y esperarnos para cuando lleguemos. Los demás esperamos al taxi que tarda un buen rato. Durante el viaje el taxista no para de recibir llamadas de más servicios y emplea a la pobre Paz, que sonríe por lo bajini, como secretaria particular. También le preguntamos por el precio para llevarnos a Huesca desde Valencia. Llama a su hijo y me lo pasa al teléfono. Hace sus cálculos y nos pide casi 600€. Aunque le digo que lo vamos a pensar en mi fuero interno ya se la respuesta. Me comenta también que si queremos j...., fastidiar a los de Barracas que les preguntemos porque calle pasa la procesión... porque solo tienen una.

Durante el trayecto que se me antoja largo a pesar de ir por la autovía, vemos pasar una quitanieves con restos de hojas y granizo. ¡La que ha debido caer también por aquí! De vez en cuando vemos la vía verde por la que deberíamos haber pasado.

Por fin llegamos a **Barracas** -provincia de Castellón- y Michel nos hace señas desde la puerta de la casa rural. Son dos pisos separados, pero acogedores. Repartimos las habitaciones y nos preparamos para dar una vuelta. La mayoría llamamos a casa para que no estén preocupados, pero la noticia ya la han dado en los telediarios. Aprovechamos para intentar arreglar la bici de Paz. Con Chavi como maestro mecánico y los demás de peones molestadores, al final lo conseguimos entre gritos de júbilo. A una que yo sé, la cara se le vuelve a alegrar.

A pesar de todo lo que nos ha pasado hoy aún es temprano así que decidimos ir a dar una vuelta por el pueblo. Hay una tienda de deporte con ropa de saldo que ojeamos en busca de alguna ganga. Antes pasaba por aquí la carretera de Valencia a

Zaragoza y eso se nota en que hay bastantes bares y restaurantes, pero con la construcción de la autovía da la sensación que el negocio va a menos. Reservamos mesa en el restaurante que tiene el precio más asequible y recorreremos la única calle del pueblo que, a pesar de todo, tiene bastantes servicios. También compramos unas rosquillas y unas pastas de mazapán que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

La cena suele ser uno de los momentos más divertidos del día y aunque hoy no es espectacular –no en vano buscamos la más barata- nos sirve para reírnos a gusto y comentar, ya relajados, todo lo que nos ha ocurrido hoy que no es poco. Al final de la cena entregamos unos regalos a Marcos -a los que encuentra mil usos- para celebrar su cumpleaños y nos invita a un trago que tomamos a su salud.

Durante el itinerario a la casa rural miro al cielo y está muy cubierto con algo de neblina en las colinas cercanas. Las previsiones del tiempo que han dado en televisión no son buenas, pronostican más de lo mismo.

Mientras me duermo pienso en la viabilidad de la etapa de mañana. Debemos atravesar la sierra Calderona, en ella se concentran todas las tormentas y pasamos por muy pocas poblaciones, es más, solo las rodeamos sin llegar a entrar en ellas. Por otra parte, el coche de apoyo siempre estará lejos de nosotros. Solo el ruido del secador de pelo con el que Jesús intenta secar las zapatillas mojadas por la lluvia me aleja de estos pensamientos hasta que caigo rendido.

Al final la etapa ha sido de tan apenas 42 km y unos 550 m de desnivel acumulado, pero intensa ha sido un rato largo. Para contar a los nietos (el que los tenga) y si alguien no se lo cree, le enseñaremos los vídeos y fotografías que hemos tomado.



Albarracín - sendero



Plaza del Torico - Teruel

Barracas – Valencia

Viernes, 10 de julio de 2009

Duermo toda la noche de un tirón. Cuando suena el reloj de Pedro, con quien he dormido hoy, retomo los pensamientos de ayer. Hay que tomar una rápida decisión. Hago caso a ese sexto sentido y me visto a toda prisa para hablar con Michel. Creo que me lee el pensamiento y casi sin necesidad de hablar, decidimos que lo más conveniente es tomar la **vía verde de Ojos Negros** hasta el final y de allí a Valencia ya se nos ocurrirá algo. No tenemos ni idea de la longitud de la etapa -intuimos que muy larga- ni si el amenazante cielo nos permitirá acabarla, pero lo vamos a intentar.

Esta vía verde es la más larga de España (163 km) y de momento está habilitada desde la estación minera de Santa Eulalia, cerca de Cella, hasta Torres-Torres, cerca de Sagunto, pero el proyecto acabará en Valencia en un futuro próximo.

Después de cargar los bultos y preparar las bicis, nos vamos a desayunar en un bar cercano. Damos un respiro al día para que se seque un poco el terreno y salimos sobre las 8 bien abrigados porque el día es fresco.

Tomamos la vía verde en este mismo pueblo. Es un camino asfaltado, bien señalizado, con unos pivotes para evitar que entren los coches con los que debemos tener cuidado. José Luis es todo un expertos en encontrarlos con la rueda y le avisamos hasta el exceso.

Pedaleamos rápido porque se supone que desde donde hemos salido hasta el final de la vía verde es bajada -un ferrocarril nunca tiene más del 4% de desnivel, sea positivo o negativo- con el único inconveniente de que encontraremos bastantes túneles. Para eso nos hemos provisto de luces frontales y de alguna

linterna. Hoy, salvo en los primeros diez kilómetros, no hay ni track, ni waipoints, solo la atención continua para no equivocarnos.

El cielo continúa encapotado con neblina de la que solo asoman fantasmagóricos aerogeneradores sobre el **cerro de la Cruz**. En el camino aparece de vez en cuando señalización indicando la distancia a los pueblos y zonas características que debemos atravesar. Así podemos ir haciendo un cálculo aproximado de lo que nos falta y vamos quedando con César para mantener el contacto. Él también va a “ciegas” pues no sabe por dónde va la vía. Tras una larga recta de algo más de seis kilómetros, tan solo salpicada de algún pequeño desvío, siempre bien señalizado para salvar alguna carreterita, llegamos al punto donde abandonamos la ruta que teníamos previsto realizar. En vez de seguir hacia el sur, giramos 90°.

La vía, que transita entre paredes estrechas y cortadas a pico (trincheras), empieza a bajar y nos deja en la arruinada **estación de Torás-Begis**. Luis propone que fotografiemos todas las estaciones y viaductos por los que pasemos. En principio lo hacemos así, pero luego, a medida que avanza la jornada, dejamos la idea en el recuerdo.

Contactamos con César y quedamos en el primer pueblo grande que pasaremos, Caudiel. Quedan menos de 15 km según las previsiones. El cielo sigue igual, amenazando lluvia en cualquier momento. No tengo la más mínima confianza en acabar la ruta sin mojarnos, pero el ritmo rápido debido a que pedaleamos en ligero descenso, hace albergar la esperanza de que, al menos, encontremos refugio.

Después de circular un buen rato por el camino tallado en la roja roca, este hace un par de curvas para vencer el desnivel de la sierra -el descenso del mítico **Puerto del Ragudo**-. Llegamos al mirador de Reagudo desde donde podemos contemplar las sierras de **Espadán**, al este y **la Calderona**, al sur.

Unos cientos de metros más adelante nos encontramos el primer viaducto del día. Nosotros vemos el puente del tren

actual y tenemos dificultades para fotografiar el nuestro pues la orografía no lo permite.

Poco después, cuando son las 9 de la mañana, entramos en el primer túnel de la ruta, el **túnel del Ragudo**, larga galería de 237 m. Encendemos nuestras luces, pero vemos un interruptor en la pared. Lo pulsamos, pero las luces no se encienden. Pasamos dificultosamente ayudados de nuestras luces. La mía ilumina tan poco que es como si no la llevara. Posteriormente, atravesaremos otros dos túneles, pero ya de menor longitud y en los que sí funciona la luz.

Pedaleamos por el **Alto Palancia**. Llegamos a las **Masadas Blancas**, un pequeño número de casitas resto de la antigua estación. En la entrada de una nueva trinchera de la vía, poco después de atravesar la antigua N-234 y la moderna autovía, veo a la derecha un viejo bunker de la guerra civil. Seguimos pedaleando en grupo y manteniendo una buena velocidad que en algunos momentos llega a los 30 km/h sin apenas esfuerzo y rodeados siempre de pinar. Pronto llegamos al **Viaducto de La Fuensanta**, de casi 150 m de longitud.

Paz y Tere se ponen al frente del grupo mientras nos vamos acercando a Caudiel. Justo antes, atravesamos un túnel de 220 m, perfectamente iluminado y encementado que nos deja, nada más salir de él, en una fuente-lavadero y las casas que forman parte de “El Barrio” de **Caudiel**. Son la 9,30 de la mañana, por fin hay sol y las expectativas mejoran bastante, parece que hoy no nos mojaremos.

César ha buscado información sobre la vía verde y nos da un folleto que nos orientará en el futuro. Nuestro siguiente objetivo es Jérica. Nos quedan por delante seis km en los que nos acompaña, a ambos lados de la vía, una rica vegetación de huertos, frutales y árboles como acacias, nogales y algún que otro pino carrasco. La vía se eleva por uno de los más altos terraplenes de la ruta que nos permite contemplar magníficas vistas panorámicas y amplios cultivos de secano, con la sierra de Espadán al fondo (declarada Parque Natural). Posteriormente, descenderemos por una larga recta hacia

Jérica, con la Sierra Calderona al frente (declarada, igualmente, Parque Natural).

Al poco tiempo vemos a lo lejos el pueblo donde destaca una alta torre mudéjar y una torre del Homenaje sobre la **peña Tajada** que controla el desfiladero. El camino entra suavemente en **Jérica**. Tere sufre otra de sus características caídas sin consecuencias graves. Mientras pedaleamos, me doy cuenta que sangra un poquito en su talón de Aquiles. Se lo comento, pero ella, con la dureza –o cabezonería– que le caracteriza, me dice que no es nada. Cruzamos hasta la plaza donde insisto en que se lave la herida con jabón. Ante mi tozudez y de mala gana, mete el pié en la fuente y se asea la zona afectada. La plaza está llena de gente sentada en veladores que miran divertidos nuestro show. Nuevamente nos encontramos con César. Es el primer lugar donde vemos algo de vida. Como el día parece que va saliendo redondo, acompaño a Michel a comprar un número del euromillón ¡Mira que si toca!

Salimos del pueblo siguiendo las indicaciones de vía verde. Estas nos llevan por una carreterita hasta volver a retomar la vía original a la altura de una caseta guardabarreras que está restaurada. Aquí nos aparecen dos alternativas: una que sale a la izquierda más corta y dura y otra que sigue el trazado original de la vía. Lo pensamos unos momentos y decidimos la segunda porque nos parece más segura y no tenemos ni la más remota idea de lo que nos queda por delante.

Continuamos por unas zonas de trincheras hasta llegar a un viaducto que cruza el **río Palancia**. El camino sigue entre árboles hasta llegar a un punto donde pasamos bajo la nueva autovía y continúa hasta pasar el penúltimo túnel del día. A la salida podemos ver el **embalse del Regajo** que retiene las aguas del Palancia. A la izquierda queda un amplio valle repleto de poblaciones de las que ignoramos su nombre.

Me cuesta orientarme. Entramos en una zona que, de no ser por las señales de la vía, sería complicado seguir. Tras dejar atrás **Navajas** donde hay unas canteras abandonadas que proveían de piedra para el mantenimiento de la vía y cruzar de nuevo

bajo la autovía, entramos en **Altura** rodeando el pueblo, no sin ciertas dificultades para seguir el recorrido ya que en algún pequeño tramo hay que hacer pie porque han utilizado la vieja vía para hacer una balsa, justo a la entrada de un túnel. Pedaleamos por su parte superior cruzando un parque con servicios de restaurante, hotel y piscina. Mientras continuamos camino, dejamos a la izquierda **Segorbe**, capital de la Comarca del Alto Palancia y antigua población hispanorromana de Segóbriga.

La vía discurre tranquila por camino de tierra. Parte del grupo nos adelantamos y, ante la tardanza de los demás, usamos la radio para ver que ha ocurrido. ¡Tere se ha vuelto a caer sin consecuencias! y Marcos, para no ser menos, deja la bici y se tira al suelo junto a ella mientras Tere pone cara de impotencia.

Dejamos **Soneja** a la izquierda –ya me pierdo con tanto pueblo– y la vía desaparece como tal por la explotación de una cantera. Pedaleamos por una pista de tierra en la que carteles de peligro nos recuerdan que por allí hay circulación pesada. Por fortuna solo nos cruzamos con un camión y pronto retomamos el trazado original. Al cabo de unos kilómetros volvemos a cruzar la autovía por un nudo de carreteras tras el que reaparece el buen camino. Este nos continúa dando una maravillosa vista de los campos de naranjos y de todo el valle del río Palancia.

Llegamos en poco tiempo, tras dejar a nuestra izquierda **Algar de Palancia**, hasta el **viaducto de Arguinás** en el que nos paramos a hacer unas fotografías del paisaje que nos rodea. Son poco más de las 12,30 y según nuestro planito, la vía está próxima a terminarse. Retomamos la marcha y una gran trinchera abre el camino hacia las tierras de **Alfara de Algimia** y **Algimia de Alfara**. Poco después el camino acaba en un mojón tumbado donde indica el km 0. Como va siendo costumbre le pedimos al bilbaíno Pedro que lo ponga en su posición. Lo intenta, pero... rompiendo mitos otra vez, el ya me entenderá.

Se acabo la parte fácil del día. Tenemos que llegar a Torres Torres –sí, así se llama el pueblo– y desde este punto salen

varias carreteritas. Nos acercamos a preguntar a un paisano que necesita de la ayuda de otro para darnos unas explicaciones que no entendemos o malinterpretamos. Seguimos por donde nos dicen y cruzamos por un paso subterráneo del que al salir aún empeoran nuestras expectativas. Usamos el GPS, pero esto no es para lo que está hecho. Michel y yo le damos cien vueltas al aparato, pero con un zoom muy alto no se lee prácticamente nada. Por intuición, aunque equivocada, comenzamos a descender por un camino junto a la autovía. Al poco rato intuimos que nos estamos equivocando. Por suerte y como llovido del cielo aparece el abuelo Benjamín con su motoreta y su azada con mango nuevo -esto nos lo dice él- para sacarnos del apuro. Como se da cuenta que no entendemos muy bien sus indicaciones nos dice:

-*"Bueno, seguidme que os digo por donde es"* – Nos dice al vernos cara de no comprender sus explicaciones.

-*"Le seguimos"* –contestamos agradecidos y con un punto de alivio.

Ahí tenemos la escena, un montón de despistados, con unas bicis de tropecientosmil euros, siguiendo al abuelo cuya motoreta destartalada apenas puede correr más que nosotros. Deshacemos el camino y volvemos a pasar bajo la carretera para meternos por un pequeño paso –nunca lo habríamos encontrado- y dejarnos en un camino. Le agradecemos lo que ha hecho y nos despedimos. A saber lo que estaría pensando de nosotros.

Descendemos y en pocos minutos estamos en **Torres Torres**. Paramos bajo la iglesia. Allí está César con la furgoneta. Dialogamos sobre la posibilidad de tomar algo en este lugar, pero decidimos seguir la marcha porque aún son las 13,30, más o menos.

No sabemos muy bien como seguir la ruta, así que tomamos la decisión de continuar por la N-234 que en el peor de los casos nos llevaría a Sagunto. Pedaleando todos juntos para evitar los

riesgos del tráfico, escaso por otra parte, llegamos a **Estivella** en menos de 15’.

En esta localidad, César ya ha encontrado un bar donde preguntamos si nos harían unos bocadillos. Un hombre enjuto y servicial, nos dice que de lo que queramos. Nos prepara una mesa para todos y comienza a sacarnos lo que le hemos pedido. Mientras tanto, unos clientes del bar nos preguntan de dónde venimos y uno de ellos, ciclista de carretera, nos da unas explicaciones que, aunque en principio se nos hacen difíciles de seguir, intentamos retener en la memoria. Es difícil acordarse de nombres que no nos suenan de nada y como estamos cerca de Sagunto el número de carreteras y desvíos es muy grande, pero como luego veremos sus explicaciones serán de gran ayuda.

Mientras esperamos tomando unas cervezas y coca colas, el hombre nos saca unas guindillas y unas olivas. Las olivas desaparecen como arte de magia, pero con las guindillas es otro cantar. Chavi y Marcos las atacan sin piedad, pero cuando las pruebo me queman en la garganta como si fueran de fuego. En medio del jolgorio jaleamos a la pobre Paz para que las pruebe. Duda unos instantes, pero las coge. Al principio se mantiene expectante y sonríe como siempre, pero luego unos sofocos le suben hasta la cara que cambia de color mientras se bebe a toda prisa la coca cola entre las risas del grupo. Otra prueba superada, la de la guindilla asesina. Damos cuenta de unos bocadillos dignos de una boda y tras los cafés nos despedimos y decidimos retomar el camino.

Solo salir del pueblo sufrimos la primera complicación. Voy delante y sigo unas indicaciones que nos desvían de la carretera porque el puente está cortado. Seguimos los carteles y a los operarios que nos indican el camino de tierra por donde debemos continuar. Veo que los últimos que han salido siguen por la carretera y Paz se vuelve para avisarlos. Los que quedamos sonreímos maliciosamente: *“con esa vocecita no la oirán”*. ¡Mira que somos malos!

Efectivamente no la oyen y vuelve con nosotros que seguimos adelante por una pista en la que los coches circulan a mil por hora levantando nubes de polvo. Por fin salimos a la carretera y nos reunimos con los demás que nos esperan. Michel llama por la emisora asustado y preguntando dónde estamos. Piensa que nos encontramos por delante de él cuando en realidad estamos unos cientos de metros detrás.

Llegamos hasta **Gilet** tras pasar por una rotonda y seguimos por la nacional. Pedaleamos paralelos a la autovía y ya vemos **Sagunto** al fondo con su fortaleza vigilante. Mientras algunos creen adivinar el mar entre la espesa bruma, mi cabeza no para de dar vueltas e intentar recordar lo que nos dijo el ciclista de Estivella. No veo ninguno de los carteles y nombres que él me ha dicho. *“Camí de San Jaume... Camí de San Jaume...”* repito una y otra vez para no olvidarme. Nada, no lo veo por ninguna parte mientras comenzamos a descender en dirección Sagunto. Me imagino que a Michel, siempre atento al camino, le pasa lo mismo porque no dice nada. Al final veo un cartel que indica el Camí de Liria. Aflora el sexto sentido, otra vez, en forma de intuición y nos paramos en el desvío. Me adelanto para explorar el terreno y justo a la entrada del camino veo una señal de Vía Augusta ¡Genial! No sé si es este el camino que me indicaron, pero la vía Augusta pasa por Valencia.

La vía Augusta es una ruta marcada que sigue el trazado de la vieja vía romana que recorría el levante de Hispania. Deshago el camino para avisar a los demás y continuamos por el que he encontrado. Es un tramo rural en el que de vez en cuando aparecen unas señales junto al camino que indican el trazado. Nuestro objetivo es llegar a Puçol donde creo haber leído en internet que han habilitado un carril-bici hasta Valencia. A unos cientos de metros y rodeados de huertas de naranjos veo una indicación a San Jaume que me reafirma en que vamos en la dirección correcta. El camino rural, tras cruzar un par de autopistas, entra en **Puçol** por una futura zona industrial o similar. Seguimos por sus calles a ritmo lento buscando el camino a la playa, pero no lo encontramos. Michel ve un coche

de fomento y se acerca a sus colegas para preguntarles. Siguiendo sus indicaciones llegamos al carril-bici. ¡SALVADOS!

El carril-bici nos da tranquilidad y rodamos tranquilos sin darnos cuenta que el sol nos está achicharrando la piel. Hoy casi nadie se ha puesto crema solar porque el cielo estaba cubierto y las previsiones eran que así siguiera.

El carril nos hace pasar por **Puebla de Farnals** sin solución de continuidad con **Masamagrell** y otros pueblecitos cercanos en una orgía de construcciones y urbanizaciones ahora paradas por la crisis del ladrillo. Solo pasar **Museros**, Luis pincha... ¡en un carril-bici! El colmo de un ciclista después de atravesar media España.

Reparada la avería continuamos, ya un poco aburridos, junto a vías de servicio, campos de arroz y huertas. La humedad, el calor y el olor a podredumbre en determinados momentos alargan el ansiado momento de acabar la etapa. Para matar el aburrimiento, vamos filmando un poco y tomando fotografías del grupo. Una masía que encontramos nos hace recordar Cañas y Barro de Blasco Ibáñez.

Albalat dels Sorells, Fallas, Meliana, donde debemos dar un pequeño rodeo para no circular en dirección prohibida, **Alboralla**, son los últimos pueblos antes de entrar en **Valencia**.

¡Por fin, lo hemos conseguido! o casi que aún debemos llegar hasta la Ciudad de las Ciencias. César nos llama por la emisora y nos dice que ya está en el hotel, que ha conseguido aparcar cerca y que no usemos la emisora porque la frecuencia está ocupada y podemos tener problemas.

Pedro conoce algo la ciudad y siguiendo los carriles bici que hay en muchas calles nos vamos acercando al centro. Nos cruzamos muchos ciclistas en este recorrido que con sus híbridas y escuchando música, se mueven a toda velocidad. Siguiendo la Avenida de Aragón –ya es casualidad- llegamos a la plaza Zaragoza –más casualidad- y entramos en los jardines del Viejo Cauce del Turia donde ya soltamos toda la tensión acumulada y

bailamos saltando y cantando; ¡Oeee... oe oe oe oe... Oeeee... Oeeee! Abrazos, palmadas en las manos y a inmortalizar el momento. El GPS indica que estamos a un metro sobre el nivel del mar. Hasta hoy mismo por la mañana, en la salida, no hemos dejado de rondar los mil.

Nos montamos de nuevo en las bicicletas y pedaleamos tranquilamente y ya sin preocupaciones por el **Parque del Viejo Cauce del Turia** siguiendo el carril bici hasta llegar a la **Ciudad de las Artes y de las Ciencias**. Es un conjunto de edificios, de diseño futurista, contruidos por los arquitectos más prestigiosos del momento. Ocupa dos kilómetros del antiguo cauce del río Turia.

Cinco son los edificios que componen este complejo cultural: **L'Hemisfèric, El Museo de las Ciencias, L'Umbracle, L'Oceanogràfic y El Palau de les Arts**. El lugar y aspecto de los edificios es impresionante. Primero llegamos al Palau de les Arts Reina Sofía y luego al L'Hemisfèric lugar que elegimos para la foto de grupo con el maillot de la Peña Cicloturista Huesca. Terminamos recorriendo los demás y buscamos un lugar donde tomar un refresco. El único recinto que encontramos está a pleno sol así que decidimos continuar. Preguntamos en un puesto para alquilar bicicletas y nos dan un plano de Valencia con indicaciones de carril bici. Sin problemas y en poco tiempo llegamos a las puertas del **hotel NH "Ciudad de Valencia"** donde nos alojamos. Son apenas las cinco de la tarde.

Realizamos los trámites de inscripción y asaltamos literalmente una fuente con manzanas frescas que hay en el mostrador. Luego dejamos las bicicletas en el parquin del hotel, en una zona resguardada, antes de subir los bultos a las habitaciones. La furgoneta se queda vacía por si los cacos.

Este es el hotel más lujoso de toda la ruta y sin embargo nos cuesta lo mismo que otros de mucha menor categoría, la ley de la oferta y la demanda. Una ducha reparadora, un buen afeitado que ya tocaba y la última descarga de datos y fotos al ordenador.

A la hora convenida nos reunimos en el hall del hotel. Fuera hace mucho calor y el nivel de humedad es insoportable para los que no estamos acostumbrados. Pedro lo lleva mejor ya que él sí que vive junto al mar.

Como no sabemos la forma de volver a Huesca, nuestro primer objetivo es sacar billetes para el tren que lleva a Zaragoza. Queremos hacerlo anticipadamente porque es un tren pequeño y en Teruel son fiestas. Buscamos, guiados por un plano de Valencia, una entrada de metro y la primera –Ayora- está a unas dos manzanas –en Huesca ya habríamos cogido el coche-. Bajamos al subterráneo y nuestra primera pelea es con la máquina expendedora. Ni un trabajador del metro, solo máquinas automatizadas. Un montón de opciones y no sabemos cual elegir, además somos once y los bonos son de diez viajes. Una vez que nos aclaramos, viene la aventura de entrar. No acertamos por donde pasar el bono hasta que descubrimos una pantalla lectora. El cartel que llevamos en la frente –ATENCIÓN, PROVINCIANO EN APUROS- se ilumina parpadeando en cada una de nuestras acciones. Hemos salido de mil problemas durante la ruta y ahora no sabemos cómo entrar en el metro. Por fin y saltándonos una barrera lo conseguimos. Unas chicas que salen de él tampoco lo tienen fácil pues las puertas no se les abren.

En el andén debemos esperar casi un cuarto de hora a que pase nuestro tren. Muertos de calor y algo cansados nos sentamos en un banco. Por fin llega nuestro transporte y por lo menos dentro de él se está bien fresquito.

Nos bajamos en la estación de Xativa, justo delante de la **Estación del Norte**, junto a la plaza de toros donde se oyen gritos del público. En la estación hace un calor terrible y solo se está confortable en la zona de taquillas. Unas colas enormes esperan su turno. Nuestro número no avanza y mientras Michel se queda en la cola, los demás damos una vuelta por la estación. Cuando todo está resuelto nos vamos a tomar unos refrescos a la plaza del Ayuntamiento. Tere sufre un “ataque” de

una paloma y sale huyendo despavorida –no soporta los pájaros- hacia el interior del local.

Rehidratados y más descansados, comienza nuestro peregrinar por el casco viejo de la mano de Chavi y Pedro que conocen el lugar. Visitamos la Catedral, la plaza de la Reina y un sinfín de callejuelas repletas de veladores y lugares donde comer algo con camareros dando tarjetas para captar clientes. Cuando por fin nos damos cuenta de que el hambre aparece, decidimos buscar un restaurante. Comienzan las únicas discrepancias del viaje. Unos que quieren marisco, otros que quieren carne, otros que paella, en otros sitios solo sirven tapas... el caso es que son las once de la noche y no sabemos dónde ir. Como última opción, Chavi saca una de las tarjetas que nos han dado y llamamos por teléfono para que nos reserven una mesa para once. Es la Arrocería Aries.

Nos cuesta encontrar el local, pero vemos a la camarera que nos dio la tarjeta y que anda a la captura de clientes y nos acompaña hasta él. Otra vez el conflicto, paella de marisco o paella valenciana, pescado o carne. Al final el camarero, ya cansado de nuestras dudas, nos propone sacar unos platos de todo y los vamos sirviendo a nuestro gusto. La cena está realmente rica y es la primera comida seria del día. Ante nuestra voracidad el camarero se sorprende y solo lo entiende cuando le contamos de dónde venimos. Es un chico algo extraño y hablador que entra al trapo de nuestros comentarios.

“Algunos hombres cuando hablan, la cagan” -sentencia Tere riendo-.

Pronto se sienta con nosotros para contarnos su vida y nos da unas tarjetas de “invitación” para un local cercano. Nos prepara unos “gin tonic” en medio de una representación y parafernalia digna del mejor barman. Luis comenta en voz baja *“ya veréis la dolorosa”*. Esta no es demasiado alta y se ajusta a lo que hemos tomado.

Decidimos dar una vuelta para tomar algo a modo de despedida, pero Pedro y Luis deciden volver con un taxi al hotel para

dormir. Los demás buscamos el local donde estamos invitados. Esta invitación consiste en un tapón de un licor dulce –no sé lo que es- y la consumición se paga después. Nos quedamos un par de horas bailando -o algo parecido- y divirtiéndonos a nuestro aire hasta que llega la hora de regresar. Los demás volveremos a Huesca en tren, pero César deberá conducir mañana... bueno... hoy. Tomamos un par de taxis que a toda velocidad nos dejan en el hotel. Cuando llego a la habitación, Luis duerme, pero me ha dejado la luz del baño para que pueda ver. Todo un padrazo.

La etapa de hoy ha sido todo un éxito, sobre todo si tenemos en cuenta las expectativas de esta mañana. Al final más de 110 km y algo menos de 6 h de pedaleo. El desnivel acumulado es ínfimo, de tan apenas 150 m. Nos hemos pasado todo el día descendiendo.

¡Objetivo conseguido! Y sobre todo sin percances de importancia. ¡Que corta se me ha hecho la ruta!



Via Verde Ojos Negros - Trinchera



Levántalo si puedes... Pedro



Jérica



Llegada a Valencia de las Caballeras del Cid



Valencia, punto y final

Regreso a casa

Sábado, 11 de julio de 2009

Madre mía que resaca, que inestable está la habitación. Le pido a Luis que me deje duchar el primero. Necesito despejarme como sea. Menos mal que la ducha surte efecto y me convierte en una persona nueva durante un rato.

Poco a poco vamos apareciendo todos por el hall del hotel. Devolvemos nuestras tarjetas y nos dirigimos a cargar la furgoneta. Con la experiencia acumulada lo hacemos con relativa facilidad. Luis y José Luis irán con César en la furgoneta.

El calor y la humedad son sofocantes cuando salimos del hotel en dirección a la estación de ferrocarril. Tomamos el metro ya sin ningún tipo de problemas y desayunamos en un bar en las cercanías de la misma. Algo caliente nos reconforta un poco, pero las caras ya no son las de otros días. Esto se acabó y queda la parte pesada y sin aliciente.

En medio de modernos trenes que parten para el resto de España, el nuestro es un infame tren eléctrico en el final de su vida útil. Por lo menos tiene aire acondicionado y hay sitio suficiente para poder estirar las piernas.

Circula lento y con continuas paradas. Nos vamos acomodando como podemos y los momentos de conversación son escasos. Solamente jugamos durante un rato con nuestros móviles para pasarnos las grabaciones que Michel ha hecho durante la ruta.

Las chicas, más previsoras, van escuchando música con sus mp3. Los demás nos vamos quedando dormidos escuchando una increíble conversación que llevan unos chavales que se sientan tras nosotros. Menuda lección de ingeniería de aerogeneradores y de problemas amorosos me trago.

El viaje se hace interminable, pasamos junto al lugar donde nos cayó la tormenta y pasadas las doce llegamos a Teruel. Docenas de tiendas de campaña y coches rodean la estación del tren. Son la consecuencia de las fiestas del Torico que disfrutan en Teruel.

El tren comienza un lento ascenso para vencer las montañas que lo separan del valle del Ebro. Paramos en innumerables estaciones y a veces da la sensación que la máquina no puede con su carga. Luis me llama al móvil y me comenta que ya está en casa. Menuda envidia y eso que nadie quería regresar en la furgoneta.

Con retraso, entramos lentamente en la estación de Delicias. Debemos buscar el medio más rápido para llegar a Huesca. El edificio es inmenso y las distancias considerables. Sacamos los billetes para el autobús y con prisas nos vamos a comer algo.

El autobús también sale con algo de retraso, pero me termino durmiendo. Cuando abro los ojos ya estamos en las proximidades de Huesca.

Quedamos a las seis de la tarde para descargar la furgoneta y devolver sus llaves. No nos cuesta demasiado y tras tomar un refresco mientras volvemos a repasar nuestras peripecias, volvemos a la rutina de siempre. Ahora hay que asimilar todo lo que hemos vivido estos días.

Pueblos del recorrido

Durante toda la ruta hemos atravesado infinidad de poblaciones de las que solo algunas quedan en el recuerdo. Para evitar olvidarlas nos puede servir este listado por etapas.

Burgos – Salas de los Infantes

- Burgos
- Revilla del Campo
- Quintanalara
- Torrelara
- Campolara
- Villaespasa
- Jaramillo Quemado
- Barbadillo del Mercado
- La Revilla
- Salas de los Infantes

Salas de los Infantes – Burgo de Osma

- Castrillo de la Reina
- Moncalvillo
- Rabanera del Pinar
- Aldea del Pinar
- Hontoria del Pinar
- Ucero
- Valdelinares
- Sotos de Burgo
- Burgo de Osma

Burgo de Osma - Medinaceli

- Casas del Batán
- Aguilera

- Berlanga de Duero
- Ciruela
- Casillas de Berlanga
- Caltojar
- Bordecorex
- Barahona o Baraona
- Romanillos de Medinaceli
- Mezquetillas
- Alcubilla de las Peñas
- Blocona
- Medinaceli

Medinaceli – Molina de Aragón

- Salinas de Medinaceli
- Arbujuelo
- Layna
- Cobeta
- Torete
- Ventosa
- Molina de Aragón

Molina de Aragón – Albarracín

- Castilnuevo
- Torremochuela
- Traid
- Alcoroches
- Orihuela del Tremedal
- Bronchales
- Torres de Albarracín
- Albarracín

Albarracín – Barracas

- Gea de Albarracín
- San Blas
- Teruel

- Barracas

Barracas – Valencia

- Caudiel
- Jérica
- Navajas
- Altura
- Segorbe
- Soneja
- Torres Torres
- Estivella
- Gilet
- Puçol
- Puebla de Farnals
- Masamagrell
- Museros
- Albalat deñs Sorells
- Fallas
- Meliana
- Alboralla
- Valencia



Barbadillo del Mercado

Alojamientos

Buscar alojamiento durante esta ruta ha sido complicado porque un número tan elevado de participantes disminuye las opciones. Además, son pocas las localidades que los tienen, sobre todo en las primeras etapas. Esto obliga a una rigidez importante a la hora de configurar las etapas si no queremos llevarnos una desagradable sorpresa.

En general, la calidad fue bastante aceptable, salvo en El Burgo de Osma donde nos hacinaron en pequeñas habitaciones. Merecen la pena destacarse los de Molina de Aragón, Albarracín y Valencia.

Gracias al importante trabajo de Michel que los reservó antes de la salida, la lista de alojamientos queda de la siguiente forma:

BURGOS

Camping Fuentes Blancas – Bungaló - 947 486 016 y 947 288 811.

SALAS DE LOS INFANTES

Hostal Mayale – Av. Infantes de Lara 19 – 947 380 762 y 630 920 902.

EL BURGO DE OSMA

Hostal La Perdiz – C/ Universidad 33 – 975 340 309 y 679 476 840.

MEDINACELI

Hostal Residencia Nicolás – Barrio de la Estación de Medinaceli
– 975 326 004

MOLINA DE ARAGÓN

Hotel San Francisco – Plaza San Francisco – 949 832 204

ALBARRACÍN

Hotel Olimpia – C/ San Antonio 9 – 978 710 083 y 639 541 817
– www.hotelolimpia.es

BARRACAS

Casa Rural “Casa Carlos” – Carretera Sagunto a Burgos 7 - 658
033 749

VALENCIA

NH “Ciudad de Valencia” – Av. Del Puerto, 214 - 96.3307500

Índice

El origen de una leyenda	3
Preparación de la ruta	17
Integrantes de la ruta	23
Camino de Burgos	25
Burgos – Salas de los Infantes	31
Salas de los Infantes – Burgo de Osma	43
Burgo de Osma - Medinaceli	55
Medinaceli – Molina de Aragón	65
Molina de Aragón – Albarracín	77
Albarracín – Barracas	89
Barracas – Valencia	101
Regreso a casa	117
Pueblos del recorrido	119
Alojamientos	123

